

Experiencia Campos Trabajo Emilio Criado

1966-1968

INTRODUCCIÓN

Mi llegada al SUT vino de la mano de Fernando Casado, estudiante de Matemática en la Facultad de Ciencias de la U. Complutense, donde yo había iniciado CC. Químicas en el curso 1964-65. Mi hermano mayor Ángel, estudiante de CC. Políticas era amigo de Fernando y compañero de avatares políticos, primero en el Frente de Juventudes, donde llegarían a ser jefes de centuria y desde donde rápidamente derivaron hacia posiciones de extrema izquierda, deriva que se inicia incluso antes de su entrada en la Universidad. Fernando me indicaría muchos años más tarde que su contacto con la experiencia del SUT, procedía de antiguos contactos con Ceferino Maestu, histórico falangista de izquierdas, que estuvo también en los movimientos sociales del Pozo del tío Raimundo, en cuyo contexto se fundaron las primeras Comisiones Obreras

Mi experiencia política era nula, excepto mi paso también por el Fte. de Juventudes a cuyos campamentos de verano asistí los años 1958 (La Herrería. El Escorial) y 1959 (Juan de Austria, Cercedilla), durante los inviernos acudía con mi hermano mayor a los locales del Fte. de Juventudes de Cáceres y Madrid, influidos, pero no obligados por mi padre. Recuerdo que con diez años me impresionó el primer debate político de mi vida, al discutirse en el local del F. de Juventudes de Cáceres la famosa consigna: “Ni un hogar sin pan ni una casa sin lumbre”, era el primer atisbo de unas demandas sociales en un mundo, para mí desconocido. Esas discusiones me provocaban inquietud, pero me atraían, llevaba muy mal sin embargo el espíritu chulesco de algunos mandos y el tono militarista de la organización y sus desfiles. A los doce años abandoné el Frente de Juventudes, a donde sólo llegué a ser jefe de escuadra y de tienda en el campamento de Juan de Austria, me llamaba la atención los problemas de falta de alimentación y de higiene personal de algunos de los miembros de mi escuadra, hijos de familias humildes de mi barrio en Madrid, la entonces prolongación de General Mola, y las críticas a los boy scouts, “mariquitas que iban al campo a ver pajaritos y florecitas”.

Mi padre, maestro y luego funcionario de la Seguridad Social, había sido falangista, miembro fundador del SEU en la Escuela Normal de Magisterio, con una clara participación en la agitación política antirrepublicana, no ocupó ningún cargo relevante, pero sí hizo amistad con dirigentes significativos de los camisas viejas Saenz de Heredia, Rodríguez de Vercher, fundador del SEU en la Escuela de Magisterio de Madrid, R. Ipiña uno de los primeros dirigentes del Seguro Obligatorio de Enfermedad donde mi padre trabajaría posteriormente durante muchos años.

Era hijo de un antiguo Secretario de Ayuntamiento de Plasencia, pero la decadencia familiar le impidió seguir su proyecto inicial de estudiar Derecho. En octubre de 1941, con 22 años fue nombrado maestro nacional en Los Molinos (Madrid), y al poco tiempo, a instancias de sus amigos de la Vieja Guardia, alcalde del pueblo, donde se casó con mi madre hija de una familia ganadera relevante del pueblo, con tres tíos abuelos fusilados por los republicanos. A pesar de estos antecedentes, mi padre, tal y como reconocen los viejos republicanos del pueblo, no fue el brazo ejecutor de la venganza que reclamaban algunos miembros de la familia, pues además llegó al pueblo pasada la etapa inicial de las depuraciones. Mi madre, a pesar de alguna

agresión sufrida de manos de algún elemento aislado del Comité Republicano, debió influir, dado su carácter abierto y conciliador, en este comportamiento. A lo largo de toda su vida mantuvieron un claro respeto hacia las opiniones y comportamientos de sus 10 hijos, a pesar de que todos acabaríamos militando en la izquierda, con mayor o menor grado de compromiso. Su comportamiento en este terreno fue ejemplar y a pesar de la presión social de su entorno y de su vida en un barrio de funcionarios conservadores, jamás nos hicieron un reproche, a pesar de las visitas nocturnas de la policía, algún breve periodo de cárcel o la expulsión, en mi caso, de la universidad, en mayo de 1968, por actividades como delegado del Sindicato Democrático de Estudiantes en la Sección de CC. Químicas. Recuerdo el fuerte comportamiento ético de me transmitió mi padre cuando, al ser yo menor de edad, se negó a retirar la demanda que interpuso en mi nombre ante el Ministerio de Educación, por unas acusaciones infundadas de mi participación en el asalto a la Delegación de Alumnos de la Ftad. de Ciencias, difundidas contra mi en TVE en diciembre de 1967. El hecho, que me marcó profundamente, tuvo lugar durante una reunión, en la que yo también participé, en el despacho de Carlos Robles Piquer (Director Gral. de Enseñanzas Universitarias) quién le recordó su carácter de funcionario y el riesgo que su actitud podría tener sobre su puesto de trabajo. A pesar de tener ocho hijos, defendió mi inocencia y por tanto me respaldó en una coyuntura muy crítica para la familia y para mí. Mi padre era, a su manera antifranquista; desde su óptica de católico practicante y de camisa vieja, renegaba de los conversos que nutrieron la falange durante, y sobre todo, tras la guerra, antimonárquico, decía que Dionisio Ridruejo, a quien no parecía respetar demasiado intelectual y humanamente, se había dado cuenta demasiado tarde de la regresión ideológica que suponía el Movimiento. Buen lector, se trajo de algún viaje a París algunos libros de Ruedo Ibérico. La versión francesa de la Guerra Civil Española de Hugh Thomas y libros como la Antifalange de Maximino García Venero o la obra de Southworth. Recuerdo, que, quizás como aviso de futuro, criticaba con acidez la incoherencia de los señoritos de izquierda republicanos. Dejó la alcaldía cuatro años más tarde, para opositar a funcionario de la S. Social, y con ello cortó toda relación con el Movimiento, si bien mantuvo contactos con algunos de sus antiguos compañeros, e incluso a finales de los 50, nos llevó a repartir propaganda de un amigo suyo candidato falangista en las elecciones municipales de Madrid (Jesús Suevos??) . Ninguno de los antiguos republicanos del pueblo, con quien yo intimaría años mas tarde le acusaba de haber tenido un comportamiento duro durante su paso por la alcaldía y en ciertos casos denunció a miembros de la familia de mi madre por participar en el estraperlo.

En este contexto, mi primer año en la universidad, lo pasé estudiando y reconociendo el mundo estudiantil, pero alejado de cualquier actividad política, recuerdo que la famosa manifestación de 1964 con Tierno Galván, Aranguren. Aguilar Navarro a la cabeza, me sorprendió en la biblioteca y recuerdo también mis comentarios de incomprensión ante los motivos y el propio hecho de la manifestación. Recuerdo que mi padre criticó entonces y después la falta de reconocimiento por parte de la izquierda, de la participación en dicha manifestación de R. Rodríguez de Vercher, que resultaría también expedientado. R. de Vercher era a la sazón profesor de F.E.N en la Ftad. de Derecho y había sido su jefe en el SEU de Magisterio

Durante el segundo curso y en contacto con compañeros de otras secciones, Químicas era la mas conservadora de todas las secciones, y en concreto con Fernando Casado, un par de años

mayor que yo, me empecé a involucrar en el movimiento estudiantil , en particular tras las manifestaciones contra la subida de precios del famoso tranvía. Aquel curso, 1965-66, asistí ya, como mero espectador a las Asambleas Generales de la Universidad. Me causaron impacto las celebradas en la Ftad. de Medicina en la primavera de 1966, en la primera se produjo un amplio rechazo a la participación de representantes de obreros; para muchos de los asistentes “la democracia solo era accesible a las personas con suficiente formación intelectual”, pero el debate fue muy intenso y ya en la segunda, celebrada un par de semanas después, hubo intervenciones de representantes de CC.OO, recuerdo en particular a un ferroviario y con mas imprecisión al propio Marcelino Camacho a quien conocería personalmente, dos años más tarde durante el mes que pasé en octubre de 1968 en la cárcel de Carabanchel, y con quien llegué a tener una estrecha relación años más tarde, por mi militancia en CC.OO

CAMPO DE HULLERAS DEL TURON (OVIEDO) AGOSTO 196

En este contexto, acepté inmediatamente la proposición que me hizo Fernando Casado de pasar el mes de Agosto trabajando en las minas de carbón de Asturias, por medio del SUT, cuyas actividades desconocía. Tras el segundo año en la universidad, con una muy incipiente e indefinida inquietud política, más allá de la lucha contra la dictadura y la intuición de un sistema económico profundamente injusto, el veraneo serrano se me iba quedando estrecho; Tenía una extraordinaria oportunidad de conocer en directa esa otra media España que me faltaba en su historia y en sus vivencias. Mis referencias eran muy contrapuestas, de un lado, las muy gráficas de la versión franquista de la revolución del 34, via el ABC y Ya , con curas colgados en los ganchos de las carnicerías y las iglesias quemadas; pero también había seguido por la prensa las huelgas del 62, las referencias críticas a los intelectuales que suscribían manifiestos contra la represión ejercida y el uso del aceite de ricino y de los cortes de pelo a las mujeres de los mineros; en la universidad se contaba la fuerza de los mineros asturianos y su dinamita en la batalla de la Ciudad Universitaria y también su papel pionero en la lucha por la defensa de los derechos de los trabajadores

Mis padres reaccionaron como siempre, sin comentarios y con respeto ante una decisión ya adoptada; me sorprendió la airada reacción de mi abuela materna, el pueblo a donde iba, Turón, tenía para ella, activa militante de la CEDA en el pueblo, especiales resonancias de crueldad por parte de los mineros. Ya estando en Turón y a partir de los compañeros de la mina, miembros del PCE y de CC.OO me enteraría de que allí, en 1931? se había fundado el Partido Comunista en Asturias, del fusilamiento durante la guerra de 7 de los religiosos del Colegio y de la ejecución de 14 prisioneros de derechas durante la revolución de octubre de l 34

Pero eso sería más tarde, mientras tanto, como preparación al campo y a instancias de Fernando me había leído el famoso informe Comunicación Cristiana de Bienes. Ed Fundación Foessa, en que se recogía la realidad de unas comarcas que, si por una parte tenían unos niveles de empleo, salarios y educativos, superiores a la media nacional, recogían así mismo unos niveles de enfermedades profesionales y una esperanza de vida notablemente más bajos

Recuerdo el viaje en tren hasta Ujo y desde allí el recorrido hasta Turón, río arriba. Nunca antes había estado en Asturias ni conocido una zona industrial más allá de una rápida visión

desde el tren de los alrededores de Madrid o de Barcelona. El contraste entre las praderas de las zonas altas del valle y la negrura y suciedad de aguas, casas e instalaciones era brutal.

Turon, contaba en 1966 con una población de 14.500 personas; de origen medieval, hay datos sobre una primera donación del obispado de Toledo en 857, la historia moderna, ligada a la minería, había surgido en la entrada del valle, en Figaredo, donde en 1857 se había concedido la primera explotación; desde entonces la expansión había sido muy rápida. En 1880 el pueblo contaba ya con 2.200 habitantes, que llegaron a 4.400 en 1910. La importancia de la hulla de buena calidad había ido dando un gran impulso al pueblo sobretodo en los períodos ligados a las dos guerras mundiales. A partir de los años cuarenta la expansión continuó, en 1957 el pueblo llega al cenit con la construcción de las nuevas instalaciones del grupo San José y la modernización de lavadero y tren minero localizados en la mitad del valle, en la zona de La Cuadriella. A mitad de siglo el valle era un verdadero laberinto de actividades minera, contaba con más de 100 instalaciones: pozos, grupos, almacenes, talleres, lavaderos, planos inclinados, depósitos de carbón, por todas parte montañas de estériles. En algunos momentos álgidos la explotación de hulla, la hulla turonesa había supuesto casi un tercio de la producción total asturiana. Sobre su antigua actividad agrícola y ganadera, la actividad minera, iniciada a finales de siglo XIX, había modificado notablemente el valle. La actividad minera se centraba básicamente en los dos grandes pozos situados en el fondo del valle, San José (La Veguina) y Santa Bárbara, situado un par de kms. aguas arriba en el barrio de La Rabaldana, ambos eran propiedad de la compañía Hulleras del Turón, filial de la compañía siderúrgica Altos Hornos de Vizcaya, que poseía a su vez algunos pequeños grupos mineros de montaña, situados a media y alta ladera y a los que se accedía no mediante ascensores sino por planos inclinados.

El peso de la compañía minera vasca, fue determinante en la actividad económica del valle, pues llegó a contar, entre todas sus instalaciones con cerca de 6.500 trabajadores. Una red de economatos y servicios médicos acentuaba la dependencia global del trabajador respecto a la compañía. En medios mineros se criticaba la actuación de la compañía que con medios de presión de todo tipo se había hecho con la concesión de 5.000 has. de terreno, prácticamente la superficie total del valle

Dada la dispersión de la actividad minera había también otros grupos Urbies, Polio, Llamas pertenecientes a otras compañías mineras. La extracción minera propiamente dicha, los lavaderos, talleres y el ferrocarril minero que recorría el valle hasta el embarque en la estación de la RENFE de Ujo, daban trabajo a unas 7000 personas de las que sólo un 50% eran mineros de interior.

La población se distribuía en diferentes barrios, a lo largo de la carretera que recorría el río Turón desde su nacimiento en el alto de Urbiés, que conducía el valle del Nalón, con Sama y La Felguera, hasta su desembocadura en el Caudal, en el término de Ujo (Mieres). Eran unos diez kms. en un valle estrecho rodeado de montañas de pequeñas alturas, por las que se esparcían pequeños núcleos de población, reductos en regresión del pasado rural de la comarca. La carretera era, dado lo angosto del valle, la calle principal, estaba jalonada por casas de 2-3 plantas y de barracones, casas construidas en los años 40 por las compañías mineras para sus trabajadores; en su mayoría eran de pequeñas dimensiones 40-50 m² de baja calidad y mal mantenimiento. Fuera de la carretera se encontraban agrupaciones de casas, en algunos casos

poco más que chabolas.(Villabazal ,Villapendi, Canto Rozadiella etc). La población rural inicial no había sido suficiente para atender la demanda de mano de obra ligada a la creciente actividad minera, y una emigración primero asturiana, pero después de diversas regiones, León, Galicia, Andalucía, pero también portuguesa había ido creando una población aparentemente diversa, pero con una fuerte interiorización de su condición social y de la cultura popular asturiana

Antes de llegar a La Veguina, principal núcleo de actividad y donde se situaban los barracones de San Francisco, se pasaba por el antiguo lavadero de carbón, con sus viejas estructuras de madera, las tolvas del embarcadero, los talleres y las oficinas de la compañía, donde residía el ingeniero jefe, los peritos y los poco apreciados oficinistas, junto a un economato para suministros alimenticios, limpieza etc. A su lado se encontraba el viejo grupo minero de Santo Tomás, donde ocurriría un gravísimo accidente en agosto de 1967

En la zona de La Veguina, se centraban la actividad comercial del valle, algunas tiendas de comestibles, muebles, relojería, peluquería, el cine y la determinante casa cuartel de la guardia civil. También se situaba allí el Hogar del Productor, la casa sindical en que comíamos los sutistas y que era también el lugar de ensayos del famoso Coro Minero de Turón. Este coro, junto al cine, alguna actividad teatral y el grupo de montaña San Bernardo y el equipo de fútbol, siempre pendiente del acceso a 3ª regional, constituían el núcleo de la actividad cultural y deportiva del pueblo. Más tarde nos enteraríamos de la existencia de un Ateneo Obrero, alojado en una pequeña caseta en que se intentaba lanzar un mínimo programa de charlas y cursos bajo la atenta mirada de la brigadilla de información de la guardia civil

Poco más arriba se situaba el Colegio de los Hermanos Marianistas que proporcionaban la enseñanza primaria a la mayoría de los hijos de trabajadores de la zona. El colegio había sido fundado antes de la guerra y estaba rodeado de una dura aureola, siete-nueve de los hermanos habían sido fusilados durante la guerra, como reconocían con una mezcla de fatalismo o mala conciencia los amigos mineros con quien teníamos más confianza. Creo recordar, para mi sorpresa, que era el único centro escolar del pueblo

Siguiendo carretera arriba hacia Urbiés, se localizaba el hospital del pueblo, centro neurálgico de la vida social porque allí se atendían las primeras urgencias y sobretodo, se iniciaba el proceloso proceso de revisiones que conducían a la obtención del reconocimiento de los diferentes grados de la silicosis o la asignación de puestos de trabajo compatibles con la evolución de las otras enfermedades profesionales, pulmonares, bronquitis, estomago o afecciones de los ojos (nistagmus), lesiones musculares o fracturas, tan frecuentes en la actividad minera. Cuando fuimos adquiriendo confianza, empezamos a intuir que tras una actividad profesional digna de todo respeto, se escondían también algunos mercados negros de compra de certificados, muy bien remunerados, que permitían el acceso en condiciones ventajosas al sistema de pensiones. Más arriba aún la vieja iglesia, lugar poco frecuentado excepto en actos sociales, bodas, bautizos, fallecimientos etc.

La verdadera vida del pueblo, más allá del trabajo se desarrollaba en la gran cantidad de chigres, y alguna cafetería con pretensiones de modernidad, que se distribuían por todas las esquinas, eran los lugares claves para el esparcimiento, la charla y la confianza política, luego descubriríamos que tenían su propia clasificación política, y sólo en algunos de especial

confianza, manteníamos conversaciones más comprometidas, al abrigo siempre de los chivatos profesionales. Las consumiciones se reducían a vino y sidra, cuyo precio fijaba la verdadera subida del IPC de la región, recuerdo el malestar que originó la subida de 4 a 5 pts del precio de la botella, para no hacer el ridículo, algunas noches ensayábamos a tirarla con botellas llenas de agua

El alojamiento de los sutistas, al igual que en los campos precedentes era una antigua edificio cuya sala mayor se destinaba entonces a almacén de patatas; estaba situado al borde del río, junto al pequeño puente que comunicaba con la carretera, ocupaba un lugar central muy cercano al pozo San José y a unos pequeños jardines, lugar de esparcimiento y reunión de los mineros jubilados. En una nave-galería se situaban los camastros militares con jergones de paja en que dormíamos, unas sábanas y mantas, también de origen militar, eran el único mobiliario. Un pequeño wáter turco y un mínimo lavabo, nos servía de cocina y servicio. Siempre recordaré la humedad y frío que nos aportaba el río y el sucio color de las aguas procedentes del lavado de mineral, los domingos paraba el lavadero y las aguas bajaban limpias, sobre el fondo negro de las partículas depositadas sobre el lecho. También recuerdo el mal sabor del café con leche en polvo con galletas del desayuno, sólo después el almuerzo en la mina se nos entonaba el cuerpo

Una de las primeras pistas sobre la otra vida de Turón, fue el conocimiento del origen del edificio en que nos alojábamos; había sido construido a comienzos de los años 30 como sede en Turón del Sindicato Obrero Minero de Asturias, el famoso S.O.M.A. fundado por el líder histórico de la UGT. Manuel Fdez. Llana. El actual almacén de patatas había servido antes de la guerra sala de actos y de baile, la amplia galería en que dormíamos era la importante biblioteca etc. Tras la guerra y la incautación de los bienes del SOMA, el edificio había pasado a convertirse en sala de baile, el abandono y el descuido lo habían ido deteriorando dentro de un consciente trabajo de olvido y desprecio. Tuvimos la gran suerte de conocer al viejo bibliotecario que nos recordaba en sus conversaciones la etapa de esplendor de las actividades del centro. El viejo minero, librero impenitente y de una cultura descomunal, me hizo un regalo que conservé durante años, una vieja edición reducida de La Regenta, prohibida todavía en 1966 !!!, y una también antigua edición del Anti-Duhring de F.Engels . Ninguno de los dos tenía tapas y su aspecto deteriorado evitó que la guardia civil nos los incautase en un incidente posterior

Las primeras sensaciones al llegar al pueblo eran para mí de expectación, de sensibilidad, tenía todos los sentidos a flor de piel, todo era para mí nuevo, el paisaje urbano, el ajetreo de las gentes, su lenguaje cantarín, a veces bronco y siempre directo, las miradas ante la llegada de un grupo de jóvenes al pueblo. Eramos siete campistas, Fernando mi amigo y jefe de campo, se encargaba de las gestiones burocráticas y de resolvernos los pequeños problemas, discreto, con muy buena pasta y una experiencia política clara, nos iría abriendo camino, sin estridencias, en un mundo aparentemente simple, pero con una complejidad oculta que iríamos conociendo de la mano de nuevos amigos y compañeros; Fernando con su sentido común y afabilidad, nos abría puertas y evitaría algunos errores, fruto de la ingenuidad personal y política. Otros dos compañeros eran jesuitas, no recuerdo sus nombres, uno era pelirrojo y alto, irlandés, el otro era costarricense, afables en el trato y muy serios en su comportamiento fuera y dentro del trabajo, no llegamos a intimar. Discretos, no participaron y

nosotros no insistimos en los contactos con gente del PCE, que iniciamos rápidamente gracias a Fernando. Tampoco mantuve una relación más allá que de compañerismo, con un vasco serio y reservado, estudiante de Económicas; la relación fué mucho más estrecha con Fernando Lozano, estudiante de Filosofía y Letras madrileño y con una sólida formación política; con él y Fernando formamos un trío que, sin descuidar el contacto con el resto de campistas, nos permitió ir desentrañando el entramado de afectos personales y contactos políticos que existían en el pueblo, yo era más joven e inexperto y tengo que reconocer que me limité a seguir la dinámica que me abrieron mis compañeros.

Tras las primeras gestiones a Fernando y a mí nos destinaron al pozo San Jose, puesto en marcha a mitad de los años 40 y situado en el centro del pueblo. La actividad se organizaba en torno a tres grandes edificios, uno donde se situaba la casa de baños y la lampistería, donde nos entregaban la batería y el foco; el edificio de maquinas donde se erigía el castillete del que pendía la jaula, el gran ascensor metálico que permitía acceder al interior de la mina a mineros, mineral, estériles y suministros, fundamentalmente madera para entibar y mangueras para el aire comprimido que accionaba los martillos neumáticos con que extraían carbón los picadores. El tercer edificio lo constituía el taller y los sistemas de tracción de la jaula. A los pocos días nos contarían que bajo la cubierta de aquellos edificios, se habían alojado las fuerzas de la policía nacional destinadas a reprimir las huelgas mineras

La caña o pozo propiamente dicho, que permitía acceder a la mina se dividía en niveles, estratos de unos 50 mts de potencia, desde el acceso a cada nivel surgían una serie de galerías que se alargaban por distancias variables de hasta varios kms. Estas galerías, de sección semicircular y radios de 2 a 3 mts, se perforaban inicialmente por los barrenistas, que con sus potentes maquinas y sus largas barras abrían el camino hacia de las diferentes galerías, luego se revestían con grandes postes de madera de roble o castaño de 30-40 cms. de diámetro y 2-3 mts. de altura. Cada 4-6 mts. en función del tipo de terreno, se colocaba un arco o cuadro compuesto por tres postes, cada uno, cuya cabeza se tallaba con el "hachu" para obtener un buen encaje y aplome, cada componente del arco tenía un nombre especial: pico, pato y poste, de cuadro a cuadro se forraba la galería con tablas de eucalipto. Todo ese preciso y duro trabajo, que garantizaba la estabilidad de la mina, se realizaba con el "hachu" que ejercía la doble función de instrumento de corte y mazo para asentar bien la madera. Los trabajadores que realizaban esta tarea eran los posteadores, la tercera categoría profesional tras barrenistas y los picadores, responsables de la extracción directa del carbón. El trabajo del posteador y de su ayudante era muy duro, no solo por el esfuerzo para cortar en forma adecuada las maderas sino por la fuerza necesaria para colocar cada cuadro en su posición correcta, bien aplomado y sin fisuras entre sus diferentes componentes. La labor de los posteadores era clave puesto que de su buen oficio dependía la seguridad de la estructura de madera que daba estabilidad a galerías y el conjunto del pozo, al tiempo que permitían la buena comunicación de personas y de la producción minera.

A la categoría de posteador se accedía normalmente, tras años de experiencia como ayudante minero, aunque también podía tratarse de picadores que abandonaban su oficio, mejor remunerado, por problemas de salud. Era impresionante ver el esfuerzo de los veteranos mineros, manejando "hachus" cuya hoja llegaba a pesar más de 5 kgs. El hachu era de su propiedad y lo cuidaban y afilaban con un gran esmero.

En las galerías el ambiente era húmedo por el agua que¹ se infiltraba por las paredes, en un ambiente lleno de gases húmicos, procedentes de la formación de la hulla, el olor a “huevos podres” tampoco era infrecuente. Aunque esporádicamente se colocasen portones de madera para evitar las corrientes de aire, en algunos puntos las corrientes te congelaban el sudor, no eran infrecuentes los catarrros y enfermedades pulmonares y estomacales, “les mollaures” eran temidas por los mineros que habían conseguido reducciones de jornada si resultaban empapados durante la jornada de trabajo

Por las galerías se distribuía una red de vías estrechas por la que circulaban el mineral, estériles, maderas y otros suministros. Las vagonetas eran pequeñas 3/4 m³ y muy pesadas, las arrastraban unas mulas enormes, que la tradición hacía venir del pueblo leonés de Mansilla de las Mulas; según los usos de la mina, los animales prácticamente nunca abandonaban el subsuelo, una vez iniciada su vida laboral, para ello había espacios especialmente acondicionados como establos en algunas galerías. Según parece, una parte significativa de las mulas acababan ciegas y los duros esfuerzos que realizaban y el ambiente de las galerías se traducían en una corta duración en sus vidas; recuerdo la tristeza que transmitían al verlas pasar, azuzadas por los “caballistas” que las guiaban y llamaban por su nombre. Las mulas eran, junto a los vigilantes y capataces, los únicos seres vivos que portaban dos luces una frontal y otra lateral, la de seguridad para detectar el grisú, lo que originaba algunas confusiones y chocotas entre los mineros

El cuidado de las vías era otra de las funciones de los posteadores y no era tampoco un empeño ligero, con el uso, los ralles acababan hundiéndose y se volvían ineficaces, era necesario picar y retirar y cargar el escombro. Cualquiera que haya manejado un pico y una pala sabe, que no es lo mismo picar y palear un material arenoso y homogéneo, situado sobre una superficie lisa, que realizar estas tareas sobre un suelo desigual, pedregoso y palear no arena o carbón sino una masa de barro y piedras

Por las galerías circulaban también los haces de tubos que llevaban a los puestos de trabajo el aire comprimido, “viento” para los martillos de picadores y barrenistas y el agua para “regar” y atenuar la emisión de polvo. Los “tuberos” se pasaban el día reparando y desconectando tubos y tuberías, nosotros utilizábamos el aire para refrigerarnos y para limpiar el polvo de carbón que se nos metía por todas partes

Las galerías iban cortando las vetas de carbón, depositadas entre las grandes placas de caliza. En esas intersecciones, se abría una ventana de madera por la que accedían a los puntos de ataque, viento, agua, madera para entibar y los picadores y sus ayudantes, los guajes, encargados también de palear el carbón extraído por medio de planchas metálicas hasta los cargaderos situados en la parte superior de las galerías. Una vez cortada la capa se efectuaba una primera perforación siguiendo la veta hasta alcanzar el corte con la planta superior, situada a 50 metros de altura, asegurada esa vía de ventilación y escape, se iban abriendo nuevos puntos de trabajo en la misma capa, de forma que en una misma zona podían trabajar media docena de picadores, con sus ayudantes; eran puntos remotos a los que sólo acudían esporádicamente vigilantes y capataces para evaluar el avance logrado y la condiciones de trabajo, por ello constituían un punto ideal para la confianza y reflexión ante los problemas laborales y personales

En San José, como en toda la cuenca, la anchura e inclinación de las capas de hulla, determinaban el rendimiento y los salarios. Las capas explotadas variaban entre espesores de 40-50 cm hasta 2 y 3 mts, con pendientes entre 20 y 40º hasta cerca de 90º. No se sacaba el mismo rendimiento en capas de gran potencia y muy inclinadas, en que el picador podía trabajar de pie, el carbón descendía fácilmente hacia los cargaderos, y en que bastaba una picada del martillo para arrancar decenas de kilos, puestos por tanto en que un picador podía extraer decenas de toneladas en un día de trabajo, que trabajar en capas estrechas y poco inclinadas en que había que trabajar tumbados y agachados, el arranque era muy poco rentable y el carbón se deslizaba sólo a fuerza de mucho esfuerzo de los guajes.

Otro problema clave era que el picador era responsable a su vez de ir entibando el hueco dejado por el carbón arrancado, para asegurar la estabilidad de la mina. Para ello tenían que acarrear, a brazo y hasta el punto de trabajo, los postes de madera (mampostas) que se colocaban entre las dos capas de caliza y las tablas de eucalipto sobre las que se apoyaban. El picador debía prever la cantidad necesaria e ir entibando según iba avanzando; ante una buena capa, el mal picador tendía a acelerar, retrasando el entibado a costa de su seguridad y la de sus compañeros. Era toda una lección de profesionalidad y humanidad ver como los buenos picadores iban analizando la superficie de la caliza, en búsqueda de grietas, fisuras, ondulaciones, indicios en fin, del riesgo de caídas de costeros o de los temibles derrabes, prelude claro accidentes. Durante nuestra estancia la iluminación era con focos personales alimentados con una pesada pila, que llevábamos adosada en el cinturón a la espalda, ya no se utilizaban los viejos quinqués de carburo sujetos a la boina, pero aún no he olvidado el espectáculo de ver caer infinitas partículas de carbón reflejando la luz de nuestro foco y su contraste con la superficie lisa y brillante de las capas recién descubierta de caliza.

Este trabajo de subir la madera desde la galería hasta el punto de trabajo, dar "tira", ocupaba una parte significativa de la jornada de trabajo, aunque dependía mucho de la anchura de la capa, a mayor anchura mayor peso y volumen de madera a transportar y también de la inclinación. Trasladar postes de 50-100 kgs apoyados sobre el húmedo y resbaladizo entramado de los entibados ya existentes, no era un trabajo nada seguro, sobre todo si se piensa que en capas verticales era como trabajar en lo alto de un andamio de 30-50 mts de altura y sin arneses; pero el foco no iluminaba más allá que a 10-15 mts. por lo que no se veía el fondo y te concentrabas en asegurarte bien, antes de dar el relevo en la tira al compañero del piso superior

Las discusiones sobre el precio de estos trabajos eran uno de los motivos recurrentes de discusión entre picadores y mandos, vigilantes, capataces o ingenieros. Aunque existiesen algunos parámetros normalizados, no eran infrecuentes las negociaciones directas. La capacidad de los mandos de "echar" a un picador para otro puesto de trabajo, suponía un factor de aleatoriedad que facilitaba los enfrentamientos y tensiones. El picador que trabajaba a destajo podía verse trasladado y con ello veía reducido su salario. La gran mayoría de los paros mineros estaban originados por incidentes de este tipo. El salario de un buen picador en una buena capa podía llegar a 15.000 pts/mes, mientras que el del posteador era fijo y rondaba las 7-8.000, frente a las 4-5.000 que recibía un ayudante. Algunos jóvenes picadores quemaban el salario en los burdeles de Mieres y planeaban viajes exóticos al Mediterráneo, pero la mayoría intentaba ahorrar para comprar el piso en Gijón, gran ideal de la mayoría de

los mineros, los coches eran objeto casi de lujo , al alcance de muy pocos. Con las vacaciones volvían algunos “belgas”, así se llamaba a los mineros emigrados o exiliados a finales de los 60 a las zonas mineras de Bélgica, con sus viejos y destartados Peugeot, cargados hasta los topes, causaban admiración entre los vecinos. Años más tarde, me vendría a la cabeza esta misma imagen ante la visión de los viejos coches sobrecargados de los emigrantes árabes atravesando España de vuelta a sus países de origen.

Una huelga de picadores, no se traducían directamente en el paro de los posteadores y otros oficios, aunque un paro largo de un cierto número de picadores llevase abocada la paralización total de la actividad en un pozo. De ahí que a veces surgiesen tensiones entre los diferentes oficios, fue trabajo de los sindicatos y también del fuerte espíritu de solidaridad que se atenuasen las tensiones corporativas, encauzándolas hacia choques colectivos con la patronal

Pero de todas estas historias y condiciones nos íbamos enterando poco a poco a lo largo de nuestras largas conversaciones con mineros y amigos. Ahora lo primero era empezar el trabajo e irnos integrando en la vida de Turón

Los primeros días, la compañía, a modo de prueba, nos puso a trabajar en el exterior. Era un trabajo peor remunerado, de mayor duración 8 hrs. respecto a las 7 de los trabajadores del interior. Pero no era un trabajo fácil sino especialmente duro, nos dedicábamos a achatarrar las vagonetas, raíles y tubos viejos, a descargar madera o a sanear a pico y pala las diferentes tramos de vía estrecha

Después de alguna insistencia ante el ingeniero jefe, al cabo de un par de días nos permitieron trabajar en el interior. Todo cambió, los primeros días de rutina del cambio de ropa en la casa de baños, me causaron impresión, para mí, más bien pudibundo, era todo un espectáculo ver a cientos de hombres adultos desnudarse en medio de comentarios de todo tipo sobre la vida sexual, en el lenguaje crudo y directo que empleaban los mineros, lleno también de referencias a las juergas en alguno de los burdeles de Mieres. Pero tras ese primer impacto, venían los comentarios sobre las noticias del día, familiar, local o internacional y poco a poco el ambiente se hacía cálido y acogedor. Las discusiones mas políticas o de índole laboral no se trataban de forma expresas sólo por alusiones e indirectas, pero en momentos críticos o de tensión laboral, bastaba ver la forma parsimoniosa con que se comportaban los cuatro o cinco líderes naturales, picadores fundamentalmente, para entender que algo iba a suceder y como la decisión de paro, adoptada a través de la red de conversaciones seguidas en chigres, puestos de trabajo alejados o en los enclave familiares, se traducían silenciosamente en realidad cuando los mineros clave iniciaban su retorno hacia la salida sin haberse cambiado o tras volver a mudarse al comprobar, siempre en silencio, que había un número suficiente de mineros dispuestos a secundar el plante

La operación de muda era un segundo choque, al finalizar la primera jornada la ropa, el mono, la camisa y ropa interior quedaba totalmente empapada de sudor, humedad y polvo de carbón y aunque la dejásemos secar en las perchas de que colgaban, nunca se conseguía que estuviese seca, excepto en la muda semanal; la sensación de frío y humedad se pegaba al cuerpo y solamente en el tajo, con el esfuerzo físico, conseguíamos que adquiriese un mínimo de tibieza. Los pies eran otro problema, la compañía no nos proporcionaba botas de agua y algunos trabajábamos con las históricas chirucas, sucias y mojadas era muy difícil mantener

los pies calientes. En estas condiciones y también por la inhalación de polvo era muy difícil evitar catarros y toses continuas

Tras el cambio de ropa pasábamos por la lampistería, donde recogíamos el foco y la batería que se había ido recargando a lo largo de la noche. La batería pesaba casi dos kgs y te golpeaba la espalda durante los esfuerzos físicos, había que comprobar también que no tuviese pérdidas de ácido que corroían la ropa y podían producir heridas. Desde la lampistería salíamos a la calle para cruzar hacia el edificio donde se encontraba la jaula que nos llevaría hacia el interior de la mina. Se abría el portón, entrábamos en la jaula, en grupos de quince o veinte y, apretujados y entre las últimas bromas y chascarrillos accedíamos, a la planta donde debíamos trabajar. A mi destinaron los primeros días con Samuel, posteador de galería, nunca le pude agradecer suficiente la delicadeza con que me trató y ayudó a iniciarme en la dura tarea de manejar, pico y pala. El terreno era irregular, pedregoso y duro y el pico rebotaba cuando intentábamos hacer el asiento para los postes del cuadro, pero Samuel tenía paciencia y aunque poco más tarde me enteré que era uno de los posteadores más avezado y que ganaba uno de los mejores jornales a destajo, (quizás por ello el capataz con cierta malicia me “echó” a trabajar con él), nunca me reprochó mi falta de pericia y mucho menos que mi ineptitud le hiciese perder dinero. Ese mismo comportamiento lo encontré con los otros posteadores con que trabajé más tarde, aunque aún recuerdo las blasfemias de uno de ellos ante mi incapacidad total para cortar un poste en las dimensiones que me pedía cuando, apurado y en una posición comprometida, intentaba taponar un derrame de estériles. Mi falta de práctica le estaba, nos estaba colocando ante un riesgo serio de accidente

Pero el momento que recuerdo con más significativo por la cordialidad y sintonía profunda que se estableció entre nosotros, fue durante el primer almuerzo. A mitad de la mañana, los mineros que trabajaban en puntos cercanos compartían a la luz de los focos y sentados sobre duras piedras, la comida que les preparaban sus mujeres, no se trataba normalmente de meros bocadillos sino de platos abundantes, bien sazonados y cocinados, todo ello bien regado con el tosco vino leones que cada uno aportaba en su botella.

Tras los primeros tanteos genéricos y sin duda advertidos de que éramos de fiar, la conversación derivó rápidamente hacia preguntas sobre el origen y desarrollo de sus huelgas y las últimas noticias sobre el pujante movimiento estudiantil que tenía lugar en aquellos años en toda España. Era increíble cómo, aislados en su pequeño valle y con muy esporádicas salidas a Mieres, Gijón y eventualmente de vacaciones para “secarse” al norte de León, la mayoría seguía con detalle, las vicisitudes de la agitada vida universitaria de la época y vivían con emoción, nuestros relatos sobre el impacto en la universidad de sus movilizaciones. De una manera natural, en el fondo de la mina, a más de 1000 metros de profundidad, se abría un espacio común de solidaridad en el empeño común de acabar con la dictadura; en alguno de los mineros rezumaba una cierta reticencia hacia la sinceridad “revolucionaria” del movimiento estudiantil, pero la mayoría, una vez que conocían que no éramos policías o fisgones y que teníamos un interés real por conocer su historia personal y colectiva, nos aceptaban encantados, valorando que estuviésemos allí durante unas semanas en lugar de pasarlos ligando por las playas de Gijón

Un incidente que luego resultó muy significativo paralizó la conversación, unas luces en movimiento indicaban que se acercaban un grupo de “jefes”, sus dos luces, la del foco y la de seguridad les delataban. Era el ingeniero de la mina acompañado de un capataz y el vigilante de la zona, en un recorrido aparentemente rutinario de inspección; al pasar sin siquiera detenerse, el ingeniero, a quien habíamos conocido en las oficinas a nuestra llegada al pueblo, me saludó por mi nombre; ni una palabra suya ni de sus acompañantes al grupo de mineros con quienes almorzaba, no sé si le respondí; a su marcha, y tras unos minutos de silencio, reanudamos la animada conversación interrumpida con una dura crítica al poco educado comportamiento del ingeniero. En el aire quedó una muestra clara del choque entre dos grupos sociales enfrentados y el diferente nivel de trato que se me dispensaba, me sentí muy incómodo y un par de días más tarde solicité entrevistarme con él, le transmití mi desagrado por la distinción en el trato que de alguna manera contradecía el sentido de nuestra estancia en la mina. Su respuesta fue inicialmente evasiva pero al poco se hizo muy clara, yo era un estudiante que desconocía la realidad minera, cuando ocupase un cargo de responsabilidad entendería su comportamiento necesario para mantener la buena marcha de la explotación. Creo que le respondí que esa era su opinión, pero que mientras estuviese allí debería tratarme como a uno cualquiera, no quería, no queríamos, ser vistos como unos visitantes temporales, unos enchufados o unos posibles chivatos.

Porqué como iríamos comprobando, la relación entre mandos y los mineros estaba prácticamente reducida a las meras relaciones laborales, para los mineros eran parte de la empresa, enemigos de sus reivindicaciones y con intereses opuestos. Los ingenieros eran los virreyes de cada valle, con una autoridad plena sobre los destinos y puestos de trabajo de los mineros, en sus despachos recibían continuamente las reclamaciones que en muchos casos eran planteados por sus mujeres; solían residir fuera de los pueblos donde radicaba la mina o minas que dirigían. Por debajo de ello se situaban los peritos responsables de las distintas actividades, prospección, explotación, lavadero, transporte etc., más abajo se encontraban los capataces responsables de las distintas plantas y luego los vigilantes que controlaban las tareas de picadores y posteadores en las galerías. A estas categorías se ascendía bien mediante estudios en escuelas profesionales o por promoción de los picadores. Las diferencias se traducían en hábitos sociales diferentes, no era muy habitual que un vigilante o un capataz participase en las habituales recorridos por los chigres al finalizar la jornada de trabajo, para la mayoría de los mineros eran traidores o esquirols. En la militancia política o sindical la situación reflejaba claramente esa misma diferenciación social

Al finalizar la jornada de trabajo era necesario pasar por la casa de baños, había que ducharse con maestría y experiencia, para eliminar el polvo de carbón que traspasaba chaqueta, camisa y ropa interior, pero era una operación imposible, siempre quedaban restos y siempre daba la impresión de que llevábamos los ojos pintados. Una pequeña anécdota reflejaba esta situación. Mientras intentaba ducharme el primer día, alguien empezó a enjabonarme la espalda, pensé en una broma de mal gusto, luego me di cuenta que era algo habitual, cada minero limpiaba la de otra forma inaccesible espalda de su compañero

La salida de la jaula seguía la misma tónica bromista y alegre, era el anuncio de la tarde y su ritual ligado a recorrer los chigres con las pandillas de amigos. Pero primero había que comer y nosotros teníamos la gran ventaja de que Aurora, la señora encargada del bar del Hogar del

Productor; nos trataba cuerpo de rey, de sus manos aprendimos la riqueza y variedad de la cocina asturiana, potes, fabadas, carnes gobernadas, cebollas rellenas, nos compensaban del duro esfuerzo y el escuálido desayuno. Más aún, cuando Aurora se enteró de lo pobre de nuestros bocadillos, se empeñó en suministrarnos bocados y bollos preñados que no nos dejaban en mal lugar ante los jugosos almuerzos en el fondo de la mina. El marido de Aurora, Silverio, era un hombre entrañable, le gustaba pegar la hebra con nosotros, era uno de los pocos socialistas confesos que encontramos en Turón, nada sectario, reconocía la desaparición del PSOE en el escenario asturiano; lo conocía bien, había sido responsable de la emisora de radio socialista en Turón durante la guerra.

Como comentaba, la tarde suponía un cambio radical sobre la claustrofobia del trabajo en el interior de la mina. A partir de las 5 o las 6, cuadrillas de mineros llenaban y recorrían las calles del pueblo yendo de chigre en chigre, con unas rutas selectivas en función de afinidades personales pero también políticas. Nosotros solíamos salir del Hogar del Productor, allí encontrábamos a compañeros de pozo, pero también acudían compañeros de otros pozos o de otros sutistas. Pero había un hecho aún más relevante, el Hogar del Productor era el lugar de ensayo del Coro minero de Turón. Era toda una institución en el pueblo y también en la comarca. Lo integraban una treintena de mineros de muy variada procedencia y también, veríamos después, actitud ante la situación social; en todo caso a mi me sorprendía mucho la disciplina con que aceptaban las indicaciones del director, desde luego con mucha mejor sintonía que reinaba ante la jerarquía en el interior de la mina. Me llamaba también la atención el sentimentalismo que impregnaba la mayoría de las canciones que interpretaban ya fuesen habaneras, su gran especialidad, (habían ganado más de una vez el prestigioso Concurso de Habaneras de Torrevieja), o las tonadas coloristas o sentidas tonadas asturianas. Pero mi canción preferida e impactante por su fuerza era su interpretación del “Negras Sombras”, aún me impresiona por su hondura y porque, aunque de origen gallego, reflejaba muy bien la angustia de fondo del entorno laboral y social minero

En los descansos iban aflorando comentarios sobre el contexto, recuerdo bien los reproches que se le hacían a Quevedo, un extraordinario bajo, por su participación en la comisión que, manipulada por el sindicato vertical, había viajado a Madrid para “negociar” con Solís una salida a la huelga, la mítica huelga de la primavera del 62. Él se defendía, pero la mayoría lo consideraba como lo que realmente fue, un intento de darle un protagonismo y un balón de oxígeno al sindicato vertical, que quedaría totalmente desbordado tras el amplio movimiento huelguístico que se extendió por todo el país. Consecuencia no prevista de la huelga general pacífica que impulsaba el PCE. Fue con ocasión de estos debates que conocimos a Quintín Cienfuegos, tenor en el coro y posteador en el pozo San José, donde trabajamos Fernando y yo; no habíamos coincidido en el trabajo, pero la seriedad, el rigor y el respeto con que se escuchaban sus opiniones nos atrajo inmediatamente. Quintín tendría entonces unos 40 años y como supimos después, al igual que muchos de sus compañeros, había empezado a trabajar en la mina, a comienzos de los años 40, con apenas catorce años. Tenía un carácter irónico y algo despectivo ante las personas que no valoraba por sus comportamientos sociales y humanos, pero era enormemente afectivo con sus amigos y camaradas, que lo merecieran. Desde muy joven era miembro del PCE por tradición y entorno familiar, pero no era nada sectario ante los que no compartían su militancia pero actuaban con coherencia, pero criticaba con dureza los errores e incoherencias

de su propio partido, que nosotros, más radicales tachábamos como revisionistas. Era un buen trabajador, pero cumplía, no buscaba nunca más dinero a costa de su tiempo. De su mano fuimos conociendo el entramado social y histórico de la mina y a valorar mejor a las diferentes personas y personajes que íbamos conociendo. Recordaba bien los duros años de la posguerra, los hombres del monte, los maquis, las palizas y asesinatos de las brigadas conjuntas de falangistas y guardia civil, el hambre y la ausencia de su padre muerto en la guerra. Le gustaba mucho el monte, su máxima aspiración era tener un pequeño prado y tener allí algunos animales, lo conseguiría años mas tarde, una vez prejubilado por temas de salud. Se mantenía bien informado sobre la situación política internacional, le preocupaba la tensión ruso-china y no veía claro el futuro de Cuba. Valoraba su familia, tenía un hijo y llevaba casado desde muy joven con una hija de mineros, su mujer era mas callada y pragmática, respetaba las ideas de su marido, con cierto miedo ante sus actividades clandestinas, que se limitaban a la lectura del Mundo Obrero, escuchar la Pirenaica y en la difusión de libros y propaganda.

De su mano recorríamos los chigres de confianza, en cada uno tomábamos tres o cuatro vinos que alternábamos con sidra, aún no había llegado la moda de los cubatas; los vasos estaban numerados e incluso algunos tenían impreso el nombre de los clientes más asiduos. Nunca he sido bebedor, Fernando tampoco y nos contó adaptarnos, nunca acabamos borrachos, nos quedábamos en la etapa risueña y eufórica; que nos venía muy bien para ir profundizando en confidencias personales y políticas. Entre bromas y serios coloquios íbamos conociendo la historia de la cuenca minera, de sus hombres, todo giraba en torno a la actividad y esa historia colectiva, generación tras generación, habían desarrollado una cultura propia, mezcla de orgullo, de resistencia, dentro de un destino que parecía inevitable. La incorporación de emigración no había modificado sino incorporado nuevos matices a esta dinámica.

Sentían el orgullo de su trabajo a pesar de su dureza, peligrosidad y las enfermedades y lesiones profesionales que llevaban a jubilaciones masivas a partir de los 40 años. Ese orgullo se unía a que eran muy conscientes que con sus históricas movilizaciones, habían conseguido unos niveles salariales y derechos sociales que se habían convertido en referente para el movimiento obrero español. Había asimismo un orgullo asociado a su carácter de vanguardia del movimiento obrero, en su gran mayoría se sentían orgullosos de ser herederos de la revolución del 34 y de su decisivo papel durante la guerra civil, muchos conocían el relevante papel de los dinamiteros asturianos en la luchas de la ciudad universitaria madrileña. En Turón se había fundado en 1931 el PCA y ese hecho había marcado el pueblo

No todos los mineros eran políticamente de izquierdas, algunos poseían tierras y algunos ganados y podían considerarse pequeños propietarios con tendencias mas conservadoras ,otros muy minoritarios eran religiosos, e incluso podían encontrarse falangistas. Pero incluso estos grupos compartían la cultura común minera

La relación con Quintín, que había conocido también a otros sutistas, fue clave para el éxito del campo, pero mas allá de esa situación temporal, nos convertimos en amigos y esa amistad perduró hasta su muerte, 20 años más tarde; de forma intermitente tuvimos la gran fortuna de permanecer en contacto y poder seguir la evolución del país hacia la democracia, y analizar también las limitaciones de la nueva situación y las dificultades de la izquierda para afrontar la nueva realidad

La amistad con la gente del coro, nos permitió asimismo viajar con ellos a algunas de los pueblos que los contrataban para actuar en sus fiestas, así conocimos Avilés, y Llanes; los viajes de vuelta a Turón, bien animados por las meriendas a que nos invitaban los organizadores, nos permitía disfrutar de un concierto "bis" con canciones mas reivindicativas o mas personales. Una de esos viajes originó una anécdota que por suerte acabó bien. El lunes, tras el concierto dominical solíamos estar un poco perjudicados, trabajaba con Quintín y acordamos dormir un rato en el fondo de la galería, turnándonos para evitar la llegada inopinada del vigilante. Cuando llegó mi guardia, ví al fondo una figura que se movía, llevaba dos focos, podía ser el vigilante o una mula, dudé, con pena de despertar a Quinto y el recelo ante la bronca o sanción del vigilante, el tiempo pasaba, las luces se acercaban y con cierta resaca no fui capaz de despertar a Quinto, sucedió lo peor, era el vigilante, por suerte era uno de los pocos amigos, se lo tomó a broma y acabamos entonando una canción del repertorio.

Otro de los buenos contactos que nos proporcionó Fernando fue Angel Alvarez, minero recién jubilado, veterano comunista, vivía en una pequeña aldea, Los Valles, situado encima de la meseta montañosa que nos separaban de Mieres, a una media hora andando desde Turón. La subida en cuesta, nos cansaba, pero el esfuerzo lo compensaba la cálida acogida de Angel, que nos recibía encantado de intercambiar historias y experiencias. Era un hombre todo corazón, simple en sus juicios, pero coherente con su militancia, era otro de los huérfanos de la guerra y narraba sus apoyos a los grupos guerrilleros de la postguerra, se sentía vigilado, quizás de forma algo ingenua, pero a pesar de todo seguía en su labor de apoyo al aparato de propaganda del PCE. Su mujer, nos recibía con algo de recelo, por miedo a nuevos choques con la guardia civil o peor una nueva visita de la brigadilla que de forma inopinada podía aparecer por su casa. Al finalizar la merienda en la huerta de su casa, al abrigo de oídos indiscretos y con algunas botellas de sidra tiradas, solía cantarnos algunas canciones de su infancia, tonadas y canciones de su militancia, recuerdo en particular el himno de la " Joven Guardia" de las juventudes del PCE: "Joven guardia, joven guardia, siempre en guardia contra el fascismo invasor y cruel...", otra tenía relación con la revolución del 34, y bajo la suave música de una habanera, la Bella Lola, se criticaba dura y quizás injustamente, el comportamiento de la izquierda catalana en aquellas duras jornadas: " Cuando en Asturias se oyó la voz, se oyó la voz de revolución, Asturias roja se echó a la calle, con energía y con gran valor. Los catalanes su cobardía, la demostraron con gran traición, aquella gente que tanto hablaba, se acobardaron con gran dolor".

Seguimos en contacto durante algunos años, acabó dejando el pueblo y jubilado se fue a Gijón, pero siempre recordaré su sentido de la amistad y su orgullo de viejo minero comunista. Una anécdota refleja bien su fuerza de carácter, le gustaba mucho la lotería de navidad y durante varios años me llamaba en diciembre por teléfono para pedirme lotería madrileña. Sabía que cada llamada le suponía una llamada al cuartel de la guardia civil, un duro interrogatorio, con golpes incluidos, ante unos agentes que creían que dichas llamadas encubrían alguna actividad clandestina. Yo le decía que porque no le enviaba directamente la lotería, pero él defendía por encima de todo su libertad, su derecho a comunicarse con sus amigos. Un gran ejemplo, cuanta hondura en su reflexión.

Gracias también a Fernando tuve la oportunidad de conocer a Juanin, Juan Muñiz Zapico, dirigente clave de CC.OO y del PCE en Asturias y uno de los condenados en el juicio 1001,

pocos años mas tarde moriría en un desgraciado accidente lo que supuso un grave problema al movimiento político asturiano. Trabajaba en un taller metalúrgico de Mieres, lo recuerdo serio muy reservado, lógicamente receloso, dadas sus responsabilidades, al principio, pero de una gran hondura y sentido de su militancia; acabaríamos compartiendo dudas y preocupaciones sobre la complejidad de la lucha contra la dictadura

En Mieres conocimos también a un grupo de estudiantes también ligados al PCE, recuerdo en particular a Prisci y a Santullano, que luego sería investigador en el Instituto Nacional de la Silicosis, vivían en el barrio viejo, eran amigos del cantante Victor Manuel, con quien coincidimos en alguna ocasión. Nos contaban la especial dificultad del movimiento estudiantil en una ciudad tan conservadora como Oviedo, el drama de la revolución de octubre y la guerra civil estaban muy presentes. También nos contaban uno de los hechos más relevantes de la conflictividad social en Asturias, el asalto a la comisaría de Mieres en el transcurso de la huelga del 62, los nombres de los comisarios de la Brigada Político Social, los dos Ramos y cia, estaban en su memoria y experiencia desde casi niños.

Una última actividad, un par de fines de semanas nos desplazamos hasta Ribadesella para visitar a las sutistas que trabajaban en la fábrica de Conservas Albo. Los propietarios eran una familia católica progresista que, caso extraño, ofreció sus factorías de Cantabria, Asturias y Galicia al SUT durante más de 15 años. Muchos años mas tarde, conocí en Ribadesella a una hija de los propietarios, quien recordaba bien el empeño del padre porque sus hijas acudiesen también a otros campos de trabajo

El viaje era complejo, primero cogíamos el autobús hasta Mieres, de ahí el tren a Oviedo donde hacíamos trasbordo hasta Ribadesella, este tramo en el viejo y lento trazado del tren de vida estrecha FEVE, nos llevaba toda la mañana. Llegábamos al mar casi a media tarde pero valía la pena el esfuerzo por la posibilidad de compartir experiencias con muchachas para nosotros desconocidas pero que estaba viviendo situaciones semejantes a las nuestras. Paseábamos por la playa y disfrutábamos de la entonces muy animada vida nocturna ribasellana, dormíamos en alguna pensión y comíamos latas de conservas que sacaban nuestras amigas de la fábrica. El domingo pasaba rápido, a mediodía teníamos que emprender el viaje de vuelta a Turón. Suponía cierta nostalgia, pero la intensidad de los días en la mina nos animaba el complejo viaje de vuelta

La actividad diaria no nos dejaba mucho tiempo para pararse a ordenar la amplitud e intensidad de las informaciones y sensaciones que íbamos acumulando; el trabajo, la vuelta por los chigres por las tardes, las actividades con el Coro ,las ocasionales subidas a Los Valles o a merendar al pico de Urbiés nos iban permitiendo con facilidad hacer nuevas amistades, Antonio Pulgar, que tenía un pequeño taller de relojería cerca del hogar, un hombre de mayor cultura y perspectiva que la mayoría de los mineros, no era uno de ellos, pero su opinión era siempre respetada, el vigilante E. Hevia, que compatibilizaba su trabajo en la mina con el cuidado de su pequeña ganadería, hombre afable, de gran formación con un vestir atildado que le distinguía de los demás mineros, pero uno de los pocos de su categoría respetado y aceptado en las cuadrillas; Evelio, que luchaba por una jubilación ante el nistagmus enfermedad profesional, que le conducía a la ceguera. Destacaba también un gran personaje Chiro Llanceza, familiar lejano del fundador del S.O.M.A. Manuel Fdez. Llanceza, frío y muy

receloso al principio, hasta que nuestro comportamiento le hizo fiarse de nosotros, cuando vio que éramos sinceros y no practicábamos un obrerismo de vacaciones. Soltero, agrio y algo solitario, su vida estaba marcada por la muerte de sus padres durante la guerra, militante comunista por tradición familiar había estado encarcelado varias veces y era el típico militante a quien la guardia civil detenía o deportaba ante cada primero de mayo que se presentase agitado; era uno de los hombres de respeto en la mina, cuyos gestos en la casa de baños, podían inducir al paro en todo un pozo. Una vez superadas sus reservas era un hombre entrañable en sus gestos, le interesaba muchísimo los avatares del movimiento estudiantil, era una forma directa de conocer la viabilidad de la unión de las fuerzas del trabajo y la cultura, que, junto a la reconciliación nacional, mas agria para él de aceptar, eran las consignas básicas del PCE.

Había otros muchos personajes que poblaban la vida de un Turón animado y con su calle central convertido en paseo familiar, centro social y comercial del pueblo. Avelino, feo, bebedor y mujeriego a quien su camioneta de reparto de gaseosa, servía también para la distribución de propaganda, por lo que sería detenido y juzgado por el TOP dos años mas tarde, Suso el afable y cómplice chigrero gallego, juntos sorteábamos la prohibición de la guardia civil de cantar pasada la medianoche y a quien todo el mundo consolaba por sus problemas conyugales, Marcelino, joven dirigente del PCE y directivo del Grupo de Montaña San Bernardo, una de las asociaciones mas potentes y activas del pueblo, su padre dueño de una pequeña joyería y muy respetado hombre del PCE; también el gitano, vigilante de origen andaluz, reservado y cuya formalidad le había hecho ganarse el difícil respeto de los mineros; no recuerdo su nombre, ni el de un posteador muy bajito, tan pequeño, que los vigilantes le utilizaban para atravesar las capas más estrechas de carbón para abrir paso a los picadores. Valiente, recuerdo un día de trabajo con él, en que tuvimos que postear una capa que solo nos permitía avanzar aplastados sobre el vientre, no podíamos girarnos, usábamos postes de menos de tres cuartas, la tranquilidad con que se lo tomaba, me quitó el agobio de saber que estábamos a más de 1000 mts. de profundidad.

En contacto con ellos fuimos aprendiendo el sentido carácter de clase que les impregnaba, su condición de minero era un forma de ser, generosos, desprendidos, conscientes de la dureza y del corto escenario de vida por delante y extremadamente francos en sus afectos y en sus recelos; su visión trascendía de la empresa para la que trabajaban y ante un conflicto abierto no se veían limitados a la empresa, era un enfrentamiento con el poder y sus representantes y actuaban en consecuencia, las relaciones familiares, la movilidad en el empleo entre diversas compañías y los desplazamientos a otros pueblos facilitaban una información sobre la realidad y la situación en el conjunto de las cuencas. Las relaciones familiares estaban marcadas por un comportamiento machista, la mujer se encargaba de administrar la paga, de las labores de la casa y de la educación de los hijos, las mujeres no bajaban a los chigres, lugar reservado para los hombres; sólo algunos domingos se acercaban a alguna de las cafeterías o se divertían cuando las familias al completo asistían a las romerías de los pueblos cercanos. El hombre volvía a la noche, con la cena puesta, cuando ya la mujer se había acostado. Estas relaciones no impedían que las mujeres se sintiesen parte de la comunidad, eran en su gran mayoría hijas de familias mineras y en caso de conflicto, adquirirían un gran protagonismo en el acoso a los esquiroles, el desprecio a los chivatos o el transporte y distribución de propaganda

Existía una clara preocupación por el futuro de la minería de carbón; los años de expansión y mercados amplios tras la posguerra y la dependencia nacional del carbón de hulla para el desarrollo siderúrgico, habían causado una posición de fortaleza relativa de los mineros que se traducía en abundancia de empleo y condiciones salariales mejores que en el conjunto del país. Pero la atomización e irracionalidad de las explotaciones, que se arrastraba ya desde el comienzo de la actividad minera, como años más tarde pude comprobar leyendo la biografía de L. Adaro, la muy escasa mecanización en las tareas de arranque y transporte, unidos a las dificultades de una geología en que abundaban capas muy estrechas, difíciles de explotar, originaba un desasosiego y miedo ante el futuro. En algunas zonas los despidos tras las huelgas o la búsqueda de mejores horizontes, se habían traducido en emigración hacia las cuencas hulleras del norte de Francia y de Bélgica, de allí volvían en verano los “belgas” con sus viejos Peugeot atestados, que causaban la admiración y la envidia en los pueblos

La preocupación por el futuro venía acompañada por una dura crítica a las condiciones de vida, la actividad minera originaba unos paisajes destruidos y unas casas de muy mala calidad, en los debates en la prensa regional se difundían continuos planes futuristas sobre un idílico Habitat minero que embellecería el contexto, no sería así y la mayor calidad de casas, calles, los jardines llegarían a la cuenca minera casi treinta años mas tarde en paralelo a la desaparición de la propia actividad minera

Las semanas fueron pasando y, casi sin darnos cuenta, se había acabado el mes de estancia; como era costumbre en el campo organizamos una de despedida en el hogar, a las que cada uno de los campistas invitamos a 5- 6 de nuestros mejores amigos. El recelo ante la cercanía de la guardia civil, nos hacía al principio, ser algo discretos en comentarios y canciones, pero con la bebida y la presión emotiva por la despedida, nos vinieron a la garganta todas las canciones que habíamos aprendido con el coro y en los finales del día por los chigres, la emblemática Santa Barbara y el tarareo de la Internacional cerraron la cena. Nos embargaban una mezcla de pena y de estímulo ante el próximo curso a encarar en la universidad junto a la constancia de los objetivos comunes entre nuestro movimiento y el movimiento obrero que habíamos conocido en estado puro nos animaba.

Nuestra visión era en todo caso ingenua y seguramente idealizada, no había tiempo mas que para retener emociones y a adquirir un pequeño barniz de la complejidad del mundo minero, de su cultura, sus luchas y organizaciones. Aunque lógicamente no pudimos conocer más que la superficie, era obvia la fuerza y organización del PCE, pero era una cultura política algo cerrada en la defensa de sus tradiciones, poco abierta a los cambios que se avecinaban, a mi me sorprendía por ejemplo, que el libro pionero de David Ruiz, joven catedrático de instituto andaluz, que pidió el traslado a Asturias tras las huelgas del 62. “Historia del Movimiento Obrero en Asturias”, editado en 1964, fuese prácticamente desconocido incluso entre los militantes comunistas

Pero en el viaje de vuelta a Madrid, lo más relevante para mí era el convencimiento de haber abierto camino para conocer la otra media España que me faltaba. La cultura y lucha de los trabajadores por defender sus derechos como obreros y ciudadanos, la dureza cotidiana de la represión, la otra cara de la guerra civil, la revolución del 34, mas allá de los curas colgados y el Oviedo destruido que había visto de niño en el ABC etc; aún me venían a la cabeza los

comentarios de los mineros sobre los regulares y policía nacionales alojados en las casas de baños durante las largas huelgas; pero sobretodo había conocido de primera mano como conceptos como la honestidad, el respeto, el afecto, la solidaridad, no eran ni mucho menos monopolio de la clase media en que me había educado.

Ese había sido el objetivo de mi ida al campo de trabajo. En el futuro y a lo largo de toda mi vida posterior, cobraría un interés preferente el profundizar en las razones ideológicas, sociales y económicas de esa dos Españas. Mi paso por Turón supuso el comienzo por decantarme en la defensa y recuperación de esos intereses, pero había por delante un objetivo prioritario, la lucha contra la dictadura

Todas estas sensaciones me condujeron a intensificar mi participación en la lucha estudiantil, durante ese tercer curso de carrera conseguimos hacer referéndum en casi todos los cursos de la Ftad. de Ciencias para elegir entre seguir en el SEU o incorporarnos al Sindicato Democrático de Estudiantes de Madrid, en Químicas la situación era mas difícil pero al menos logramos que los delegados no formasen parte de la estructura del SEU

No me integré en ningún grupo político, el PCE, predominante, tenía un cierto aire elitista y el resto de los grupos se me antojaban sectarios y envueltos en polémicas sutiles que no lograba diferenciar bien y que me distanciaba de sus seminarios y labor de proselitismo, era un puro militante estudiantil independiente que no faltaba a ninguna manifestación, asamblea o acto cultural; intentaba no perderme dentro de la agitada vida estudiantil y seguir adelante con mis estudios.

Pero el recuerdo de Asturias y sus vivencias seguía muy vivo en mi memoria, las malas comunicaciones y la discreción no impidieron que mantuviese un cierto contacto con Quintín y Angel. De esta forma Fernando y yo decidimos pasar las vacaciones de semana santa en Turón. Nuestras ganas de volver a ver a los amigos mineros eran enormes, nuestra ingenuidad vista con el tiempo tambien. Viajamos a Turón en tren y con una pequeña tienda de campaña, que instalamos en una pequeña zona ajardinada en medio de La Veguina, a doscientos metros del cuartel de la guardia civil y de la entrada al pozo San José. La primera noche, tras el recorrido habitual por los chigres cayó una intensa lluvia y la tienda estaba empapada, habíamos dejado a Quinto subiendo la cuesta que conducía a su casita, cuando estábamos intentando acomodarnos ente la ropa mojada, apareció nuestro buen amigo y con un “me cago en dios, esto no es un lugar para dormir”, nos empujó, sin tiempo para desmontar la tienda hacia su casa. Al llegar a la puerta, despierta a la mujer y el hijo, en un momento el colchón de la cama matrimonial está en el suelo del pequeño espacio, salón, comedor, cuarto de estar, madre e hijo se van al pequeño dormitorio, mientras que Fernando, Quinto y yo nos arrebujamos como podemos para pasar la noche. La secuencia de los hechos se me ha quedado grabada, impulso fraternal de un amigo afectivo y sensato, sumisión de la familia a esa amistad, sensaciones contradictorias pero que supusieron la reafirmación de una profunda amistad. Al día siguiente Fernando está con fiebre, siempre ha sido algo delicado de salud, Quinto nos llevó a una de las diminutas casas, conocidas como barracones, era de una familia de leoneses, “cazurros” en la jerga asturiana, que alquilaban habitaciones a los mineros sin familia. La pareja resultó de una calidad humana increíble, Fernando se acomodó en una de las minúsculas habitaciones, yo dormiría en un sofá cama en el saloncito. La mujer cuidó de

Fernando como si fuese su propio hijo, durante los tres días en que tuvo que permanecer en cama, le alimentaba con buenos guisos y caldos de su tierra. Yo pasaba ratos leyendo en la habitación que ocupaba Fernando, pero por la tardes Quinto me venía a buscar y tras pasar un rato animándole, reanudábamos nuestros recorridos por los chigres, recuperando a los viejos amigos y subiendo, por el embarrado camino hacia Los Valles. Aquellos tres días supusieron una confirmación de los afectos y complicidades con los mineros de Turón, a la vuelta, con un Fernando en vías de recuperación, tenía claro que volvería a pasar el próximo verano en Turón y en la mina

CAMPO DE C.E.D.I.E. (BARCO DE VALDEORRAS-ORENSE) Julio 1967

Llegué a Barco de Valdeorras a comienzos de julio de 1967, el grupo de campistas del que me habían nombrado jefe, sin duda por mi experiencia en las minas asturianas en el verano del 66, estaba integrado por 8 estudiantes, de los que sólo recuerdo a Bernardo, un tenso y complejo valenciano, al jovencísimo estudiante de bachillerato, 16 años. Alberto Reig y sobretodo a mi desde entonces excelente amigo Carlos Espejo- Saavedra, hijo de un héroe de un falangista héroe del Alcázar de Toledo, que había llegado a los campos, a partir de su colaboración con la revista de los padres claretianos, donde había conocido al que luego sería uno de los líderes de la teología de la liberación, el obispo Casaldáliga. El año anterior había estado en Sevilla en la factoría aeronautica de CASA, donde había coincidido con algunos de los históricos de CC.OO. Saborido y Galan

El campo estaba situado en la fábrica de Carburo Cálcico CEDIE, propiedad del intimo amigo de Franco, el conde de FENOSA (Fuerzas Eléctricas del Noroeste S.A.) .Se aprovechaba la barata energía eléctrica procedente de sus plantas hidroeléctricas sobre el Sil, para en un gigantesco horno eléctrico fundir caliza con carbón. El carburo cálcico obtenido se destinaba, entre otros usos para obtener en contacto con el agua acetileno, molécula básica para una amplia base de productos químicos. Como pudimos saber la planta había sido construida en 1942 a instancias, según se contaba en el pueblo, de los alemanes en su busca de suministros y materias primas durante la segunda guerra mundial, con objeto de producir gasolina sintética. De hecho uno de nuestros primeros trabajos estuvo dedicado a desmontar los reactores utilizados en esa síntesis carboquímica. El director de la fábrica era un comandante jubilado del ejército, pero el responsable técnico era un perito que residía en la misma fábrica. El número de trabajadores era elevado, cerca de 250 pues se trabajaba a tres turnos, lo que la convertía de hecho ,entonces, en la fábrica con mas empleados de Orense; pero el sistema operativo era viejo y arriesgado. La caliza provenía, fragmentado a tamaño puño, de unas canteras cercanas y el carbón venía por ferrocarril desde las cercana Ponferrada y los cotos hulleros leoneses. El horno era muy simple, un gran electrodo de casi dos metros de diámetro, se sumergía en la mezcla de carbón y caliza en un espacio circular rodeado de un muro de material refractario. Una plataforma rodeaba el electrodo y desde ella y manejando unas largas y pesadas barras de acero los trabajadores ayudaban o mejoraban la mezcla y favorecer así la fusión y la homogeneidad del producto. Cíclicamente y por un agujero en el muro, un trabajador perforaba la piqueta, mediante una barra metálica, con las manos convenientemente aisladas, y conectada a la corriente, la descarga producía la fusión de la masa refractaria que taponaba la piqueta y la masa fundida caía sobre una vagoneta cuya superficie, en forma de lenteja estaba forrada de refractario. En el centro de este crisol refractario se depositaba previamente una bola metálica en forma de pera suspendida de un cable conectado a una grúa. Una vez que la masa fundida se solidificaba suficientemente, se tiraba del cable y la pera metálica y la masa solidificada, de 200 a 300 kgs y metro y medio de diámetro, se desplazaban por encima de las cabezas de los trabajadores hacia una gran plancha metálica o enfriadero donde a golpe de maza los obreros la fragmentaban hasta tamaños de 10-15 cms. Desde aquí una cinta llevaba el carburo cálcico trozeado hasta unas tolvas que alimentaban los bidones metálicos donde se envasaban. Dicho así parece sencillo, pero al dureza del trabajo era brutal. En primer lugar manejar en el horno las pértigas mecánicas a menos de dos metros del electrodo y de la masa fundida, implicaba una temperaturas insoportables junto al riesgo de una descarga, los

trabajadores intentaban evitar esos riesgos superponiendo ropas viejas, no había trajes aislantes y bebiendo muchísimo, de hecho el alcoholismo era un grave problema entre los obreros, los problemas pulmonares tampoco eran extraños. La sangría y la descarga suponía otro grave problema pues la masa fundida, en función de su viscosidad, podía proyectarse fuera del crisol y producir quemaduras, el riesgo se incrementaba en el transporte de la carga fría, pues si no estaba totalmente solidificada, la corteza podía resquebrajarse y caer la masa fundida a más de 1000°C sobre los trabajadores e instalaciones, había un sistema poco eficaz de alarma acústica, para avisar del paso de la bola por la fábrica, pero los accidentes no eran raros

Los riesgos en el enfriadero se acentuaban por el comportamiento del polvo de carburo cálcico que, en contacto con el sudor, originaba grietas y llagas; los trabajadores tenían que romper a maza los grandes trozos de carburo, en medio de un gran esfuerzo físico y en una atmósfera de polvo irrespirable que entraba por boca, ojos, narices, oídos. No había ropa ni guantes de protección, sólo remedios artesanales que no evitaban en absoluto los problemas

La ducha, al final del trabajo era otro pequeño tormento porque el polvo incrustado en los lugares más recónditos del cuerpo reaccionaba con el agua y si te frotabas sin cuidado aparecían inmediatamente llagas; lavarse la cabeza era una dificultad añadida porque el abundante polvo acumulado la hacía entrar en ebullición

El comportamiento de la dirección ante estos problemas oscilaba entre la estupidez y el desprecio. Baste una anécdota, como he dicho el carburo cálcico se envasaba en cilindros metálicos, la operación se realizaba sobre una placa metálica vibradora, sin ninguna goma o arpillera que frenase el ruido infernal, un día se lo comenté al comandante director su respuesta la tengo grabada cuarenta años más tarde, “no entiendo como los trabajadores de esta sección acaban todos sordos”

Esta situación de fondo, hacía que existiese un continuo malestar difuso en una plantilla integrada por gente de origen campesino, muchos mantenían una economía mixta cultivando pequeñas parcelas y sin tradición sindical ni política y para los que trabajar en “la fábrica” era un pequeño avance. Entorno a CEDIE, giraba una gran parte de la actividad económica del pueblo de unos pocos miles de habitantes; aún tardarían años en llegar el boom destructivo de la extracción de pizarra y la floreciente actividad vitivinícola. Por ello las relaciones laborales se habían basado en un sistema muy paternalista y sin conflictos abiertos

Pero de todo nos íbamos enterando poco a poco, a través de las conversaciones con los trabajadores y por la información que durante una de sus visitas nos transmitió, Luis Espinosa, inspector de campos de trabajo del SUT, que había sido jefe del campo el año anterior. Luis, de origen falangista y luego vinculado al movimiento era el típico representante de esa época militante de “la integración de los hombres y tierras de España”, pero sensible y activo a la solución de los problemas que detectaba, eso sí sin ninguna veleidad subversiva

Pero mientras la vida en el campo y en el pueblo era un relajo, dormíamos en una fonda en la carretera, con camas insuficientes y que compartíamos según los turnos de trabajo y comíamos muy bien en una fonda cercana, “El bailarín”. Gracias a un muy temprano encuentro con un grupo de chicas nos introducimos fácilmente en la vida juvenil del pueblo y tras la

jornada de trabajo y tras un baño en la playa fluvial del Sil, pasábamos tardes y muchas noches por las innumerables fiestas que tenían lugar en los distintos barrios del Barco o de los pueblos de alrededor, La Rúa, Petín etc, a donde nos trasladábamos en tren, muchas mañanas nos incorporábamos al puesto de trabajo con poco más de una hora de sueño y una ducha

En una primera etapa la compañía intentó que trabajásemos en tareas auxiliares del taller o de desgauce, pero a los pocos días logramos entrar en el interior, al principio en un cómodo puesto de apoyo en la sala de regulación y control eléctrico, luego pasaríamos a las tareas más duras, enfriadero, molienda etc.

En algún momento y creo que por impulso de Bernardo, tras la visita de Luis, decidimos replantearnos la marcha del campo y profundizar más en nuestros contactos con los trabajadores. Tras superar una barrera de comunicación que yo no recordaba en Asturias, pudimos abrirnos a la comunicación con algunos de los trabajadores. Supimos entonces que había un conflicto laboral latente. El año anterior, influidos tanto por las duras condiciones de trabajo como quizás por los contactos en el sindicato vertical de Luis Espinosa, se habían celebrado por primera vez, elecciones para designar a los miembros del jurado de empresa del sindicato vertical. El paso siguiente era poner en marcha el primer convenio colectivo, pero esa operación estaba bloqueada por la compañía y por el comportamiento del jurado de empresa que, poco combativo, posponía su aplicación. En medio de esa situación, se había producido nuestra llegada. Una de las personas que nos permitió conocer esos detalles era Arsenio Anta, un hombre duro y reservado, líder claro de la fábrica, tiempo más tarde, en un viaje ya con mi mujer, me reconocería su militancia en el PCE; muy receloso al principio, acabó siendo uno de nuestros mejores amigos.

Hubo un incidente muy significativo que quizás influyó en esa toma de confianza. Dado el elevado número de analfabetos en la fábrica, habíamos decidido dar clases, a las que acudían una quincena de trabajadores y que celebrábamos en un local anejo a la parroquia. A los pocos días, y de forma inopinada irrumpió en la sala el alcalde del pueblo, el Dr. Gurriarán, perteneciente a una de las familias caciques del pueblo. No le conocíamos, y de manera muy tensa nos pregunta que es lo que estamos haciendo, con qué permisos, con qué fines etc , etc, .Cuando estaba dándole una explicación sucedió una de esas intervenciones que te reconcilian con el género humano y que demuestran el coraje y la fuerza que da la dignidad. Del fondo de la sala, se levantó “O Demo” , el demonio, un trabajador bajito y débil, a quien todos tomaban el pelo en la fábrica, a veces con una dureza excesiva , situación de la que se defendía con humor y alguna picardía, era de alguna forma el bufón de la fabrica. Se encara con el alcalde y con voz clara y potente le grita: “Ni usted ni nadie de su familia ha tenido nunca el menor interés en enseñarnos y ayudarnos en nada, así que déjenos en paz y con estos chicos que son los primeros en preocuparse por nosotros”. El alcalde sorprendido, balbucea unas confusas palabras y se va. Todos rodeamos y abrazamos a “O demo”. A partir de entonces su peso y prestigio en la fábrica y el respeto de sus compañeros cambió radicalmente.

En este contexto se nos hizo mucho más claro el conflicto de fondo en la fábrica, los rumores y comentarios sobre un paro inminente circulaban cada vez más entre los trabajadores. Hablábamos con Arsenio, que veía necesaria la acción, pero no tenía clara la respuesta de la gente, sin ninguna experiencia previa en luchas sindicales.

En este ambiente de incertidumbre terminó el campo de trabajo, tras una despedida emotiva de los tres o cuatro trabajadores con quien habíamos intimado y de nuestras amigas y amigos de los bailes y romería. Pocos días antes del fin del campo, preocupado por dar una salida a la situación y en contacto con la dirección del SUT, hice un viaje urgente de un día, ida y vuelta, en aquellos trenes eternos a Madrid. Me entrevisté con los mandos del sindicato vertical, en cuya sección de química se integraba CEDIE, les expuse la situación de crisis y les pedí su actuación para que mediasen ante la compañía. A mi vuelta hablé con Arsenio y algunos miembros del jurado, les proporcioné folletos del sindicato vertical sobre convenios colectivos y funciones del enlace sindical, que se convertirían en propaganda subversiva según la guardia civil. El conflicto acabaría estallando pero nosotros ya no estábamos allí

Las secuelas de aquellos incidentes tuvieron consecuencias personales para algunos de los sutistas y a la postre en el proceso de liquidación del SUT. Como nos enteraríamos más tarde, el alcalde denunció nuestras actividades y guardia civil y policía redactaron sendos informes, describiendo nuestra actuación como una incitación a los trabajadores al conflicto, nuestro interés por conocer detalles sobre la realidad económica de la fábrica y sus condiciones de trabajo y salariales etc. Como detalle los informes señalaban que hacíamos ver a los trabajadores la contradicción entre la negativa de la compañía a subir los salarios, mientras que la Memoria oficial mencionaba beneficios de más de 30 millones de pts!!!. De ahí a acusaciones de demagogia, alardes sobre la potencia del movimiento estudiantil, ofrecimiento de apoyo económico y jurídico en la propia sede oficial del SUT (y del SEU) en la glorieta de Quevedo. Como reconocía el propio informe de la policía los abogados del sindicato vertical se habían interesado por el tema pero “habían desistido dado el carácter intocable de su propietario”, el ya mencionado Conde de FENOSA. Estas notas supusieron la anulación de las prórrogas del servicio militar a los sutistas que las habían solicitado y problemas para acceder a sus estudios militares para Carlos Espejo a quien sólo la intervención de su padre, coronel, permitió iniciar sus estudios. La dirección del SEU, defendió la actuación legal de los sutistas, pero, aunque en tono exculpatorio, lo hizo tarde. Ese falta de respaldo sería utilizado por la última directora del SUT, M^a. Teresa Garcia Alba como una muestra de la falta de respaldo de las jerarquías del SEU a las actividades del SUT, debate que unido a las consecuencias de la campaña de educación popular que se celebraría en León, el verano siguiente llevaría a su cese y posterior disolución del SUT

Volví en un par de ocasiones por el Barco, pero sólo vi a Arsenio, luego murió y la fabrica fue languideciendo En un viaje a comienzos de los 2000, pasé de nuevo, la fábrica se había renovado y luego pude ver que se había modernizado para producir suministros para y aleaciones para diferentes sectores industriales, su nombre ahora era Cedifil Corel Wire, no sé si seguía controlada por el mismo grupo, no encontré a nadie conocido y pasé de largo sin entrar. Un nuevo Barco había surgido al calor del vino y las pizarras, pero me era extraño, hasta la cafetería VeiraSil, donde tan buenos ratos pasamos, parecía vieja y ausente

HULLERAS DEL TURON. AGOSTO 1967

En agosto del 67 y tras un duro curso en la universidad, con incidentes y movilizaciones continuas volví a Turón, tras pasar el mes de julio en el campo de trabajo de CEDIE (Barco de

Valdeorras, Orense). Era un entorno social y político muy diferente al de la minería asturiana, pero lo atrasado del movimiento obrero, no suponía que, con otros matices, no hubiese una conflictividad latente que acabaría estallando, con consecuencias policiales negativas para alguno de nosotros

Pero sigo el relato del campo de Turón, yo volvía como jefe de campo, con 19 años, acompañados de cinco estudiantes más, Juan Sotres, estudiante de económicas en Madrid, hijo airado de un general de la guardia civil, Joaquín Bosque Sendra estudiante de Fia y Letras y un par de compañeros algo más jóvenes cuyo nombre no recuerdo; intentaba transmitir a mis compañeros las vivencias del año anterior. Habían sido muy intensas en lo personal y en el aprendizaje político, pero no había habido ningún incidente que expresase las tensiones de fondo que se vivían en la cuenca minera.

La primera señal de que algo había cambiado, la tuvimos al desembarcar en Oviedo; el director de personal de la nueva compañía minera quería darnos la bienvenida. En el viaje entre Ujo, Mieres y Oviedo, había detectado algunos cambios, por todas partes asomaban grandes carteles y anuncios de nuevas infraestructuras mineras. El logotipo de la nueva empresa pública Hulleras del Norte. (HUNOSA) llenaba todos los espacios. Tal y como nos informaría el director, dadas las dificultades porque atravesaba el sector se había procedido a nacionalizar la mayor parte de las explotaciones mineras para racionalizar las explotaciones, eliminar duplicidades. No sabía yo entonces, aunque lo intuía que el proceso no era tan racional, algunas de las explotaciones con hulla de la mejor calidad, rentables y situadas en medio de otras explotaciones, no habían sido nacionalizadas, uno de los casos más flagrantes, lo constituían las minas de Figaredo, a la entrada del valle de Turón, pertenecientes a la familia Rato Figaredo y cuya hulla gozaba de gran calidad. Lo que había leído en los seminarios de economía en la Facultad, se desarrollaba delante de nuestros ojos, se estaban nacionalizando las pérdidas, lo mismo sucedería años más tarde con la gigantesca acería integral privada, UNINSA cuya construcción y grandes movimientos de tierra habíamos visto crecer entre Avilés y Gijón. Para más agravante, en la minería, se estaba pagando con fondos públicos, a los anteriores propietarios, sumas de escándalo por instalaciones en que el arranque y transporte del carbón era semiartesanal, las mulas se ocupaban de los movimientos de material, no había una sola cinta transportadora y los lavaderos seguían siendo de madera.

Pero el director no quería entrar en detalles, su interés era prevenirnos de establecer relaciones estrechas con los mineros. Han pasado casi cuarenta años y recuerdo perfectamente sus palabras, éramos estudiantes, pertenecientes por tanto a una elite social y cultural, sin ninguna relación con los trabajadores, entendía nuestra curiosidad, pero nos recomendaba una actitud de “entomólogos” “sic”, se trataba de “ver como se comportaba esa masa inculta y tosca”; para reflejar mejor su posición nos ponía un ejemplo.” “Fijaros si son brutos que eligen como su representante a la mula Francis”. No me podía creer su cinismo y su estupidez por no comprender que su discurso no estaba en nuestra sintonía y que justamente, cada palabra suya, producía en nosotros un mayor interés por trabajar en ahondar en nuestra relación con los mineros. La tensión se notaba en cada nueva frase, pero para no abortar el campo, decidí no responderle más que con frases evasivas y terminar cuanto antes la reunión. Era un primer aviso, ese mismo verano en circunstancias mucho más dramáticas tuvimos ocasión de hablar de nuevo

Luego en la mina contaríamos esta entrevista a nuestros amigos, la votación por la mula Francis era un claro reflejo de la incredulidad de los mineros hacia el sindicato vertical, el tono del directivo, muestra clara de la incomprensión y dureza

La entrevista produjo un gran revuelo entre los campistas, sólo Juan y yo teníamos alguna experiencia política, los otros tres eran aún mas jóvenes e inexpertos, pero el cínico mensaje del director, lejos de asustarles, incrementó su interés por conocer e integrarse en el apasionante mundo minero que yo les había venido contando en el viaje desde Madrid

El recibimiento de los viejos amigos fue increíble y tras la primera tarde de ronda por los chigres, los nuevos campistas se integraron perfectamente en la vida turonesa, Quintín y Chiro los introdujeron en su mundo de afectos y contactos.

Nos seguíamos alojando en el mismo destartado almacén, pero no era un problema. En el Hogar del Productor no estaban, ya jubilados, la entrañable pareja que formaban Aurora y Silverio, era Julio un hombre más joven e extrovertido quien se ocupaba del bar y de nuestra comida. Su locuacidad no le sentaba bien a Quintín, sin verbalizarlo expresamente dejaba caer algunos recelos sobre su carácter de chivato, por si acaso los temas mas delicados no los hablábamos en su presencia. También comía en el Hogar del Productor el teniente jefe de la casa cuartel de la guardia civil, era un hombre de edad mediana, educado y aparentemente afable, a quien nos limitábamos a saludar cortésmente, pero nunca aceptamos su ofrecimiento de tomar un café

Los días transcurrieron inicialmente dentro de la rutina dura y al tiempo afectiva que yo recordaba, los campistas se integraban bien en el trabajo y poco a poco reanudamos nuestras charlas compartiendo las noticias e inquietudes de nuestras vivencias en la mina y la universidad

Pero la situación se torció en pocos días, una noche, a la semana de llegar y cuando volvíamos de retirada para dormir, salen unas sombras de un portal de la carretera, es la guardia civil que nos conmina a acompañarlos al cuartel. En los pocos metros que recorremos y tras el sobresalto repaso aceleradamente la situación, no tenemos propaganda clandestina, un ejemplar fotocopiado del " Después de Franco que?" de Santiago Carrillo, está bien oculto en nuestro dormitorio, llevamos varios libros encima pero aunque con títulos llamativos, con capitalismo y socialismo como temas recurrentes son legales. Las noticias sobre las "formas" de los interrogatorios de la guardia civil no son precisamente alentadoras, cruzamos la calle, donde a esa hora hay pocos transeúntes, con un cierto silencio fatalista. El interior está muy oscuro, los números que nos han detenido sin esposarnos, nos entregan al que luego conoceríamos ser el sargento Losada, jefe de la brigadilla de información, auténtica bestia negra de los mineros comprometidos, de edad mediana, moreno y gesto duro y cortante. No nos pregunta por nuestros amigos o actividades, va directamente al grano, quiere ver, en busca de propaganda, qué libros llevamos, me tranquilizo y a la luz del flexo veo como sus ojos se animan al ver los títulos, yo espero pacientemente que los lea y la editorial y luego le indico el depósito legal, se mosquea pero sigue. De golpe, un sobresalto, entre los libros están las dos viejas ediciones republicanas del Anti Duhring de F. Engels y la edición de La Regenta que me había regalado el viejo bibliotecario socialista del SOMA, por suerte están sin portada, muy deteriorados, pasa en silencio sobre ellos, respiro aliviado. Diez minutos mas tarde, tras

algunas advertencias contra meternos en líos nos dejan en libertad. Casi sin hablar vamos al dormitorio y escondemos mejor los dos o tres libros clandestinos; ha sido un aviso, no podemos hacer ninguna tontería, no ya por nosotros sino por no poner en riesgo a nuestros amigos con nuestra ingenuidad.

En el pueblo las reglas son claras, casi todo el mundo conoce quien es del PCE y de CC.OO. pero hay un muro de silencio y de guardar las apariencias, nosotros y nuestras compañías son un foco de atención.

Pero el incidente no paralizó nuestras charlas y encuentros por los chigres amigos. Unos días más tarde Quintín me presenta a un nuevo compañero de CC.OO, es un posteador de edad mediana, fuerte y discreto. No trabaja en nuestro pozo sino en un grupo situado a la entrada del pueblo, muy cerca de la sede de la compañía, el Santo Tomás, me comenta la situación de falta de prevención que existe en el grupo, es una explotación vieja, con demasiado grisú y pocas medidas de ventilación, los trabajadores tienen miedo, muy gráficamente, me dice que “echan para allá” a los vigilantes mas brutos, los más profesionales piden rápidamente el traslado al ver la conflictiva situación. Me habla también de las reclamaciones que vienen realizando directamente, al margen del sindicato vertical, como comisiones de trabajadores, pero no obtienen respuesta, quedamos en seguir charlando, pero no hubo ocasión. Cuatro días mas tarde moriría, junto a otros doce compañeros en el segundo accidente más grave en la historia de la Minería asturiana

Me es difícil dar con el tono y forma para escribir los acontecimientos de esos días, de golpe toda la dureza, los miedos, los viejos rencores de la dura vida minera se abrieron ante nosotros, que lo contemplábamos con los ojos y la mente, pero sobretodo la sensibilidad a flor de piel.

Todo se desarrolló el martes 16 de agosto, tras el puente de la Virgen. Al terminar la jornada, estábamos subiendo en la jaula comentando las pequeñas incidencias del día, de pronto, entre el grupo apretujado un caballista comenta: “ Ha habido una explosión grave en Santo Tomás” el silencio solo lo rompe el maquinista “ Me cago en dios, esas cosas no se dicen ni en broma”. Sin cambiarnos y en grupos silenciosos, nos dirigimos andando hacia el lugar de la explosión, situado a un par de kms. de nuestro pozo; en el camino vamos encontrando mas grupos de vienen de otros pozos, todos se preguntan qué ha pasado y su alcance, algunos vecinos que encontramos al paso nos van dando informaciones imprecisas, que en todo caso nos hacen ver que la explosión ha sido muy grave

Pero el espectáculo que vemos, desde un pequeño altozano, desde el que se contemplan los alrededores de la bocamina, es sobrecogedor, cientos de personas intentan acercarse a la rampa de acceso, es una masa móvil negra y grisácea en que se confunden la ropa sucia de trabajo con las vestimentas oscuras de las mujeres, el suelo embarrado y negro ofrece poco contraste, es un todo que espera entre el miedo, la rabia y la pena el resultado de los trabajos de la brigadas de salvamento. Ha llegado el ingeniero jefe Víctor.. , algún jerarca del Sindicato Vertical del Combustible, Zapico y algún representante del gobernador civil, no hay ni rastro de la guardia civil. Los gritos de asesinos, se confunden con los sollozos de las familias y el intercambio de noticias contradictorias, pero algo se va haciendo evidente, la explosión se ha producido nada más iniciar sus trabajos el relevo de la mañana, el simple impacto de la

herradura de una mula contra un raíl, ha podido provocar la explosión. Pero la tensión va en aumento, se comenta que la acumulación de grisú ha podido ser mucho mayor al haberse desconectado los ventiladores durante el largo fin de semana de la Virgen de Agosto, los insultos las autoridades crecen junto a una rabia controlada. Los cadáveres van saliendo envueltos en mantas también grises, las familias arracimadas se acercan pugnando y levantan un pico de la manta, los sollozos y gritos de las mujeres crecen. En un momento determinado la brigada de salvamento saca una camilla en que la manta aparece muy abombada, surge un hálito de esperanza, estará vivo?, pero no, es una macabra alarma, el minero ha tenido tiempo justo de levantar el brazo, en un gesto instintivo de defensa antes de morir, la familia se derrumba en torno al cadáver, la tensión se hace insoportable y entre gritos, pero sin violencia, las autoridades abandonan la zona. La familia minera prefiere cuidar y velar sola a sus muertos. No ha habido heridos, la explosión seguida de la ola de fuego se ha llevado por delante a los 12 trabajadores. La premonición de mi nuevo amigo de CC.OO se ha cumplido, el mismo ha muerto en la explosión, luego me entero de que también ha fallecido el menudo posteador con quien, en espacios imposibles había trabajado el año anterior.

La gente rememora el último accidente grave en el valle, la muerte de 4 mineros en San José, tres años atrás, el jefe del campo de trabajo del SUT que corrió graves riesgos, Antonio Martínez Pellús ,dejo un magnifico testimonio de su experiencia en un folleto "150 metros de oscuridad" que se publicaría en Valencia en 1968

Volvemos lentamente hacia el Hogar del Productor, no sabemos expresar las sensaciones que nos invaden, dolor, pena, rabia, caminamos en silencio, un silencio que sólo rompen los comentarios apagados que de los grupos que invaden las calles del pueblo. Un silencio de rabia y ahogos contenidos, nos sentimos solidarios pero es obvio que por el momento meros observadores de dolores más profundos

El día era muy gris, a la tarde el pueblo permanecía en silencio, con la mayoría de los establecimientos cerrados, grupos compactos de personas rodeaban las casas de los fallecidos en un ambiente tenso y callado

Quintín y yo nos acercamos a dar el pésame a la familia del compañero muerto, vivía en una casa algo alejada de la carretera, el camino era un rosario de personas que iban y venían, recorriendo las distintas casas de los muertos.

La puerta de la casa se separaba de la cocina campesina mediante un pequeño pasillo, a la entrada, vislumbramos los grupos que rodeaban a la anciana madre, que ante vecinos y amigos, se lamentaba a grito de la injusta muerte del hijo; al entrar yo en la habitación una vecina le tiró de la manga, indicándole con gestos silencio ante la llegada de un extraño como yo, pero aún recuerdo el grito de la madre: "Lo digo delante de este señor y delante del papa, que a mi hijo le han matado esos..." . Quintín me presentó como un amigo de su hijo, la anciana se abrazó a mí llorando y recordando las advertencias que su hijo le venía haciendo sobre el riesgo en su trabajo. El contacto con la anciana madre, me impresionó muchísimo por el afecto y la determinación que transmitía, creo que aquel gesto, me marcó para siempre, no era uno de ellos, pero me admitían como parte de su dolor y determinación

Aún recorrimos alguna casa mas, pero todos estábamos muy afectados y al día siguiente iba a ser un día duro, el entierro, siempre masivo ante este tipo de situaciones. A la llegada al Hogar del Productor y mientras cenábamos en un ambiente apagado, me avisan de una llamada telefónica, era el Director de Personal de la compañía, en su mezcla de cinismo y estupidez me recomendó calma y no asistir al entierro, me recordó que no éramos de los suyos y que nunca se sabía cómo podían acabar esas situaciones. Su llamada nos despertó del ahogo y de mutuo acuerdo decidimos comprar esa misma noche, la corona de flores mas grande que nos permitían nuestras menguada economía; el lema del lazo resumía nuestras sensaciones “Vuestros compañeros estudiantes no os olvidan”

A la mañana el pueblo estaba irreconocible, miles de mineros con sus familias habían acudido desde todas las partes de Asturias, costaba trabajo acercarse con la corona hasta la iglesia. En el espacio que separaba la Iglesia del cementerio, más de un kilometro, la gente se amontonaba esperando el paso del cortejo. En Turón se iban a enterrar nueve de los fallecidos, los otros tres irían a sus pueblos de origen, todos de la comarca; tras los féretros llevado a hombros de amigos y compañeros de tajo se alineaba una larga columna de coronas procedentes de asociaciones y grupos de los pueblos mas distantes de Asturias. La guardia civil mantenía una discreta vigilancia en medio de un muro de silencio. A quinientos metros de la iglesia arrancaba a la izquierda el camino que tras atravesar un pequeño puente sobre el río subía en dura cuesta hacia el cementerio; al llegar al desvío la guardia civil intenta que no suban hasta el cementerio mas que los portadores de los féretros, pero tras un silencioso forcejeo, no pueden impedirlo y cientos de personas nos deslizamos cuesta arriba. Todo parecía recogido de una película del neorrealismo italiano, las caras gastadas, tensas y cansadas, el ruido de fondo de las pisadas sobre la gravilla del camino y el silencio. Ya en el interior la ceremonia fue breve, sin un sermón religioso, pero tampoco ninguna arenga, sólo al terminar de caer la última paletada de tierra, una joven voz de mujer expresó el sentimiento de todos, su “viva los mineros” retumbó entre las paredes, mientras que un coro de vivas se extendía entre todos los asistentes, la guardia civil nerviosa, intenta buscar a la joven, pero no insisten demasiado, es una voz anónima cobijada entre una muchedumbre unida.

En la bajada hacia el pueblo, las lenguas se desatan, los comentarios sobre la responsabilidad de las muertes se cruzan entre los grupos, nosotros vamos con Quintín y algunos viejos conocidos de las comisiones de pensionistas, pocos pasos por delante un picador de la mítica La Camocha, comenta con un grupo, entre los que está Otones, unos de los lideres claves de la cuenca y dirigente del PCE y CC.OO, la necesidad de organizar una demanda de investigación del accidente y la petición de responsabilidades; a los pocos momentos dos o tres miembros de paisano de la brigadilla de información de la guardia civil se abalanzan sobre ellos y los empujan cuesta abajo; los gritos de los que les rodean alertan a los demás y en pocos segundos la muchedumbre rodea a guardias y detenidos, los gritos de asesinos retumban por el valle, a duras penas llegan a la carretera y entregan los detenidos a la guardia civil armada que con sus naranjeros se abre paso hacia el cuartel de la guardia civil. La multitud les rodea e insulta e incluso les zarandea, recuerdo el comportamiento de las mujeres durísimas y valientes, que tiran de los brazos de los detenidos. El kilometro que resta hasta el cuartel se convierte en un maremágnum de personas y grupos que se presionan, gritan, insultan. Recuerdo a uno de los campistas del SUT abriendo la puerta de un autobús e informando a los viajeros de la situación, todos abandonan su asiento y se unen al tumulto.

Con gran esfuerzo los guardias consiguen empujar a los detenidos hacia el interior del cuartel, fuera la multitud se agolpa en torno a la casa, un edificio de dos pisos situado al borde de la carretera, y sigue con sus insultos y gritos, las palabras asesinos y libertad dominan sobre todas, la tensión se hace insoportable y la salida a la situación imprevisible. Enfrente de la puerta coincido con el viejo joyero del PCE, sin saber muy bien como entramos en el interior, los presos están en una celda y en torno a la mesa de la habitación central el teniente y el sargento debaten sobre la decisión a adoptar, les hacemos ver la gravedad de la situación, ellos no son mas que seis u ocho guardias y fuera hay más de mil personas cada vez mas tensas y dispuestas a todo.

Nosotros les hacemos ver la necesidad de soltarlos para evitar un baño de violencia, en el ambiente flota el recuerdo del asalto a la comisaría de Mieres pocos años atrás y su elevado balance de heridos, discuten entre ellos, el teniente más dialogante, el sargento dispuesto a encerrarse y defenderse a tiros, el tiempo pasa y se oyen perfectamente los gritos de la multitud enfurecida. El teniente se dirige a una habitación y hace una última llamada al gobierno civil, no sonrío, pero transmite la orden de liberación de los detenidos a quienes devuelven su documentación. Salimos al exterior con los ahora liberados, la multitud estalla en gritos de júbilo, los cogen en volandas y a hombros los pasean a lo largo de la calle, la gente aplaude desde las ventanas, esa tarde las conversaciones estallan por los chigres, las penas por las muertes, se mezclan con la alegría de haber arrancado los detenidos de los guardias, es una pequeña batalla más dentro de una batalla de muchos años, pero la noche llega con una cierta sonrisa de orgullo en las caras.

Los días siguientes fueron como una larga resaca, la gente había visto nuestro comportamiento y en chigres y calles nos saludaban e invitaban personas desconocidas, pero el ambiente no es ni mucho menos el festivo de unos días de verano, el viejo conflicto se ha reabierto.

Sentimos la necesidad de dejar alguna huella de nuestra estancia, quizás un no nos rendimos ante de la vuelta a casa, Juan Sotres, siempre impulsivo, propone dar una charla sobre Capitalismo y Socialismo, en el pequeño espacio del Ateneo Obrero, tras algunas dudas lo asumimos, hacemos pequeños carteles a mano que pegamos por los postes del pueblo al lado de las esquelas, incluso hasta vamos a Lada (Sama) para avisarles a otros sutistas que trabajan en el Sotón, viven en unos barracones inmundos y arruinados, casi sin puertas y con los camastros y sus ropas sucios y desportillados, allí viven decenas de mineros sin familia. Nuestra fría galería nos parece un hotel de lujo a su lado. Pero la charla no sigue adelante, el teniente de la guardia civil, sin prohibirla nos sugiere desconvocarla, los mineros más de peso, Quintín también, lo consideran un gesto voluntarista pero ingenuo en un contexto tan serio como el que atravesaba el pueblo tras el accidente, tras algunos debates, decidimos anularlo, es un acto de revuelta en que no podemos ser protagonistas de una batalla mas honda

Llega de nuevo el día de la marcha, sabemos que las consecuencias de los acontecimientos de de este largo mes, van a ser importantes, efectivamente, la compañía no volverá a aceptar campos de trabajo en Turón. Quizás por eso celebramos con más fuerza la fiesta de despedida, nos juntamos casi 40 personas, que asumen el pequeño desafío público que significa asistir, viene también el inspector de campos del SUT, Alvaro Glez. de Aguilar, a quien había conocido del año anterior en el campo de trabajo de ENSIDESA, le he ido informando de la

marcha del campo y tras una primera visita, quiere participar también en el cierre del campo. En esos días se iría forjando una amistad que se iría reforzando con los años, superando el tiempo y las vicisitudes personales

La cena discurre en el mismo ambiente de camaradería del año anterior pero con vínculos mas reforzados tras las experiencias del largo y complejo mes de agosto de 1967

CONCLUSIONES

Viendo con perspectiva, me parece sentir aún la situación de vértigo con que vivimos aquellas semanas, estábamos en medio de una dinámica y bordeamos situaciones de conflicto que hubiese podido tener consecuencias duras para nosotros, pero no eramos los protagonistas, sólo actores invitados de un conflicto más hondo, quizás nuestra propia ingenuidad nos acabaría protegiendo

En el viaje de semana santa a Turón con Fernando había conocido a una gijonesa que estudiaba en Madrid, era una mujer profunda y reflexiva, salimos unas cuantas veces por Madrid, quedamos en vernos durante el verano en Gijón, me llamó varias veces, pero no hubo oportunidad, me faltaba tiempo para digerir tantos acontecimientos y sensaciones

La relación con Turón y su gente continuó, la amistad con Quintín pasó a mis amigos, Alvaro, Chelo , Agustín y luego a mi familia, mi novia y luego mujer y mis hijos, nos veíamos dos o tres veces al año, con ocasión de las vacaciones o algún viaje profesional por Asturias. Así pudimos ir compartiendo las idas y venidas de la larga batalla por la democracia con sus regustos amargos y a veces contradictorios. Recuerdo uno de sus viajes a Madrid con ocasión de la Fiesta de San José Obrero y la demostración sindical vertical en el Santiago Bernabeu, presidida por Franco, a la que todos los años venía el Coro de Turón, tomando unas sidras e casa Domingo o el Escarpin, ironizábamos sobre las contradicciones personales con que había que sobrevivir en esos años

Pero la hondura de las reflexiones y el afecto pervivió hasta su muerte a comienzos de los 90, pocos años antes una operación de tráquea le impidió seguir cantando y provocó su jubilación. Pero siguió con sus aficiones a través del grupo de montaña y el cuidado de su chabolo con su huerta y sus pocos animales. Uno de los últimos gestos de su carácter, tuvo lugar en el transcurso de una visita profesional a los hornos de ENSIDESA. Me acompañaba un profesor americano, Robert Moore, un gran experto en materiales refractarios, era el típico liberal americano, conocía bien la guerra civil española, habíamos intimado durante una de sus visitas a Madrid. Un día al cruzar el río Jarama se puso a silbar el Jarama Valley, convertida en himno de la Brigada Lincoln, era un enamorado de Peete Seger, Woody Guthrie y Joan Baez.

Pocos días antes de nuestro viaje a Oviedo, se había declarado uno huelga muy dura y en el hotel nos aconsejaron llegar de noche. Llamé a Quintín para indicarle que pasaríamos por Turón para hacer tiempo y saludarle. Bob y yo recordamos siempre las horas que pasamos en su simple casa, rememorando historias y dificultades del movimiento obrero y los lazos culturales entre el mundo progresista académico y el movimiento obrero, fue todo un ejemplo de sensaciones e intereses comunes que dejan un fuerte poso

Mi paso por Turón, tuvo una derivada que muestra bien los largos meandros de las historias personales. Durante los incidentes tras el entierro de los mineros me había quedado grabada la cara de un guardia civil muy joven, que asistía con aire de desconcierto, a la discusión entre teniente y sargento sobre el qué hacer. Un año más tarde nos volvimos a encontrar en las Salesas, sede del Tribunal de Orden Público, durante el juicio por propaganda ilegal a mi amigo,....., donde había acudido como testigo, nos cruzamos las miradas y reconocimos pero no nos dirigimos la palabra. Años más tarde le destinaron a mi pueblo; durante casi veinte años, nos cruzamos en sus calles y participamos en las fiestas, pero nunca hablamos. Hace cuatro o cinco años, tras actuar yo como pregonero en las fiestas patronales, me dirigí a él. Le pregunté directamente si había estado destinado en Turón. Me contestó que sí y durante un buen rato estuvimos repasando los hechos de aquellos días. Me contaba sus miedos, en julio de 1967 ingresó en la guardia civil, su primer destino no precisamente voluntario por sus connotaciones, fue Turón; había llegado al pueblo con su maleta y mosquetón el día anterior al accidente, estuvo en la casa cuartel, vigilando a los presos durante los tensos momentos que precedieron a su liberación. Me corroboró la versión que ya conocía, sólo una última llamada al gobierno civil, contra la opinión del sargento, había permitido al teniente dar la orden de libertad a los presos. Sus miedos ante el posible asalto y el respiro tras la decisión adoptada. Había permanecido varios años más en Turón, donde se casó, hombre cercano al PSOE, recordaba con cierta nostalgia la tensión de aquellos años, frente al trabajo más burocrático del puesto de Los Molinos, donde sigue viviendo tras su jubilación

Lo que restaba de 1967 fueron unos meses claves para mí. A la vuelta a Madrid, me impliqué aún más en el movimiento estudiantil, el 29 de octubre fui detenido tras una gran manifestación y pasé por la Dron. Gral. de Seguridad y luego un par de meses en la cárcel de Carabanchel, donde tuve la suerte de coincidir con Camacho y la plana mayor de CC.OO y algún antiguo conocido de las minas asturianas. A poco de salir de la cárcel, a primeros de diciembre mi nombre salió en TVE como consecuencia de unos incidentes en la Fdad.

A finales de año los sutistas nos reunimos un cursillo en Pueyo de Jaca (Huesca), para preparar la campaña de 1968, el cursillo supuso el comienzo de la ruptura definitiva con el SEU, en el contexto de la radicalización creciente del movimiento estudiantil, al margen de una experiencia personal y de grupo que aún perdura. Esta dinámica se vio reforzada durante el cursillo de preparación celebrado durante la semana santa de 1968 en León y que cerramos celebrando la victoria del "La, la, la" de Massiel en Eurovisión. El cursillo planteó un tipo de campaña de educación popular a celebrar ese verano en León, que acabaría con la expulsión de los campistas a finales de Agosto y que supondría el comienzo del final del SUT. Aquel verano no fui a ningún campo de trabajo, lo dediqué a recuperar la carrera y a ayudar en las actividades de los campos desde la dirección de Madrid, gracias a ello conocería a uno de mis mejores amigos, Agustín Pérez Vidaurrazaga a quien propuse como jefe de campo en Rioturbio (Mieres), también aproveché para desplazarme a los campos femeninos de la compañía Albo, en Santoña y Ribadesella, donde trabajaban un grupo de estudiantes con las que mantendría una muy buena y larga relación a lo largo de muchos años. Tras los exámenes de septiembre me fui como jefe al campo de la vendimia de Cariñeña, con un grupo de mis entonces y ahora mejores amigos, Agustín, Pepe Llovet, Carlos Espejo, Ángel Romero, mi hermano Luis, el jovencísimo y malgrado "Capitales". Era también otra faceta de la otra España, un mundo caciquil con alcaldes con yugos y flechas en chaqueta y camisa. Tras unos días durmiendo en

pajares entre viejo mendigos y prostitutas buscando empleo en la vendimia, finalmente conseguimos que nos contrataran, pero resultó muy duro, para mí físicamente peor que la mina, aguantamos doce días, a mediados de mes, la mayoría nos fuimos a Bilbao a la boda de una pareja de muy buenos amigos sutistas, Conchita Pombo e Ignacio Clavero

Aquella fue mi última experiencia en el SUT, liquidado aquel otoño. Luego siguió la pelea en la Universidad y el expediente académico que me expulsaría en octubre y por un año de la Universidad. Al final conseguiría terminar mis estudios de CC. Químicas en febrero de 1970. La expulsión de la universidad me conduciría de forma inesperada hacia al CSIC y el mundo de la investigación donde desarrollé posteriormente toda mi vida profesional durante 44 años, hasta mi jubilación en octubre del 2013.

Pero la militancia política seguía ligada a la memoria afectiva de Asturias, a donde en invierno del 70 llevamos dinero para apoyar la enésima huelga. Mi hermano Angel, me planteó un día con crudeza que la batalla política estaba en Madrid y no en los recuerdos asturianos, inicié así la militancia dura en un reducido grupo de extrema izquierda, "Octubre" alejado del revisionismo achacado del PCE y de las otras mil versiones de la izquierda prochinos, troskistas etc. Fueron cinco años intensísimos en que veíamos emerger, desde fuera, el movimiento obrero real de CC.OO, tuve responsabilidades en temas de Universidad y también desembarqué en el movimiento vecinal. Eramos estudiantes radicales en búsqueda de un movimiento obrero del que no formábamos parte ni por origen ni por práctica social. A finales de 1974 el grupo desapareció y yo comprendí que mi lugar estaba en trabajar política y sindicalmente en mi propio entorno laboral, la investigación. Gracias a la fuerza del PCE, en el CSIC había un fuerte movimiento sindical; yo no me integré en el PCE, no compartía las posiciones de Carrillo y menos tras la liquidación del movimiento vecinal y la depuración del potentísimo movimiento de profesionales que se eliminó, junto al movimiento de los renovadores, tras la una multitudinaria asamblea celebrada precisamente en el CSIC. Pero en CC.OO la situación era diferente, el carácter integrador de Marcelino Camacho, permitió que nos incorporásemos a sus filas riadas de gentes a quien no se les pedía más que honradez y capacidad de actuación. Participamos, en la clandestinidad, en la creación de las Comisiones Interestamentales que tuvieron un peso tan activo en la batalla por la democratización del CSIC, que se alcanzaría con la elaboración del Reglamento de 1978, y que serían el germen de CC.OO. En el otoño de 1977, por mi carácter de becario, en un acto para equilibrar las tensiones corporativas entre científicos y el personal técnico y administrativo, fui elegido primer secretario de la sección sindical del CSIC. Se inició entonces una larga historia de casi 40 años, en un siempre difícil equilibrio entre actividad profesional y sindical. En 1986 desde CC.OO colaboramos activamente en el movimiento contra la integración de la OTAN, creando el colectivo de Científicos contra la Guerra, aquella batalla desigual sobre el referéndum fue el último despliegue de energía de la amplia red de movimientos que habían sobrevivido a la lucha contra el franquismo. Perdimos, pero aún peor, aquel giro pragmático del PSOE reabrió las divisiones entre la izquierda, que se habían suavizado ligeramente. Participé entonces en la fundación de IU, donde aporté mi experiencia en el campo de la investigación y ahí he seguido, todos estos años, sin ocupar nunca un cargo institucional y ello a pesar de las continuas divisiones y problemas de encaje de las nuevas sensibilidades; huyendo del control del aparato

del PCE, se crearon pequeños aparatitos que reivindican su parcela de poder, no es una dinámica optimista, pero no podía integrarme en la línea tecnocrática y conservadora del PSOE. Partido con el que nunca me encontré en mis años de iniciación en la actividad política y del que me distanciaba el pragmatismo elitista que vivía en el CSIC. Tampoco nunca he querido ir de independiente, me siento solidario de los errores y virtudes de la izquierda en que he militado toda mi vida. Pero eso junto a la compleja deriva sindical y política posterior es otra historia.

Tras la muerte de Quintín volví a Turón de forma cada vez más esporádica, algún verano o de paso hacia alguna actividad profesional, pero los personajes de mi estancia fueron desapareciendo y el pueblo sufrió, como toda la cuenca, la desaparición acelerada de la actividad minera. El idílico hábitat minero tan pregonado a finales de los 60 fue, paradójicamente, haciéndose realidad en la misma medida que desaparecía la población; los jóvenes emigraban o sobrevivían al amparo de la pensión de padres o abuelos, la actividad cotidiana de las calles se iba agotando, eso sí se destruyeron los antiguos barracones que se sustituyeron por modernas casas con zonas ajardinadas. El cierre de las explotaciones daba paso, como en el resto de la cuenca, a entornos urbanos limpios y con instalaciones deportivas y para ancianos, pero el declive era evidente. Turón se agotaba y su población pasaba de los casi 14.000 de los años 60 a menos de 6.500 en 2013. La gran inyección de fondos mineros europeos, se traducía en infraestructuras espectaculares y duplicadas sin crear nuevos tejidos industriales. Participé profesionalmente en planes de recuperación de la actividad siderúrgica y de materiales refractarios, e incluso me ofrecieron dirigir un centro de investigación en Oviedo, pero la tendencia al retroceso de Asturias que había conocido era inevitable.

Sin personas, sólo quedaba paisajes, los nuevos compañeros de CC.OO de Asturias eran hijos o nietos de mis amigos y peleaban sin mucha convicción por un mundo que se había ido, sin relevo

Pero siempre ante las dudas y la lucha por la coherencia personal retuve la imagen y la amistad de mi amigo minero Quintín, la honradez y el reconocimiento de que hay que tomar partido y yo lo había hecho, sin mixtificaciones, por el grupo social que los mineros asturianos me habían mostrado. No era, por origen social, ni podía ser por motivos culturales y de práctica social, uno de los suyos, en el fondo pervive una sensación de desclasamiento sin punto de apoyo, pero trabajaba y trabajé por los mismos ideales de justicia y democracia social que ellos me habían mostrado.
